

Gilles Lipovetsky, La era del vacío. Ensayo sobre el individualismo contemporáneo.

Ed. Anagrama S.A., Barcelona, 2000

Prólogo

La sociedad moderna era conquistadora, creía en el futuro, en la ciencia y en la técnica, se instituyó como ruptura con las jerarquías de sangre y la soberanía sagrada, con las tradiciones y los particularismos en nombre de lo universal, de la razón, de la revolución. Esa época se está disipando a ojos vistas; en parte es contra esos principios futuristas que se establecen nuestras sociedades, por este hecho posmodernas, ávidas de identidad, de diferencia, de conservación, de tranquilidad, de realización personal inmediata; se disuelven la confianza y la fe en el futuro, ya nadie cree en el porvenir radiante de la revolución y el progreso, la gente quiere vivir en seguida, aquí y ahora, conservarse joven y no ya forjar el hombre nuevo... (p 9)

Qué error el haber pregonado precipitadamente el fin de la sociedad de consumo, cuando está claro que el proceso de personalización no cesa de ensanchar sus fronteras. La recesión presente, la crisis energética, la conciencia ecológica, no anuncian el entierro de la era del consumo: estamos destinados a consumir, aunque sea de manera distinta, cada vez más objetos e informaciones, deportes y viajes, formación y relaciones, música y cuidados médicos. Eso es la sociedad posmoderna; no el más allá del consumo, sino su apoteosis, su extensión hasta la esfera privada... (p 10)

...La discontinuidad posmoderna no empieza con tal o cual efecto particular, cultural o artístico, sino con la preponderancia histórica del proceso de personalización, con la reestructuración del todo social bajo su propia ley. (p 11)

La cultura posmoderna es descentrada y heteróclita, materialista y *psi*, porno y discreta, renovadora y retro, consumista y ecologista, sofisticada y espontánea, espectacular y creativa; el futuro no tendrá que escoger una de esas tendencias sino que, por el contrario, desarrollará las lógicas duales, la correspondencia flexible de las antinomias. La función de semejante estallido no ofrece duda: paralelamente a los otros dispositivos personalizados, la cultura posmoderna es un vector de ampliación del individualismo; al diversificar las posibilidades de elección, al anular los puntos de referencia, al destruir los sentidos únicos y los valores superiores de la modernidad, pone en marcha una cultura personalizada o hecha a medida, que permite al átomo social emanciparse del balizaje disciplinario-revolucionario. (p 11)

...Con el proceso de personalización el individualismo sufre un *aggiornamento* que llamamos aquí, siguiendo a los sociólogos americanos, narcisista; el narcisismo, consecuencia y manifestación miniaturizada del proceso de personalización, símbolo del paso del individualismo 'limitado' al individualismo 'total', símbolo de la segunda revolución individualista. ¿Qué otra imagen podría retratar mejor la emergencia de esa forma de individualidad dotada de una sensibilidad psicológica, desestabilizada y tolerante, centrada en la realización emocional de uno mismo, ávida de juventud, de deporte, de ritmo, menos atada a triunfar en la vida que a realizarse continuamente en la esfera íntima? (p 12)

...Contrariamente a lo que se haya escrito aquí o allá, el narcisismo no se identifica con la falta de compromiso político del momento; más ampliamente corresponde a la descripción de las posturas políticas e ideológicas y a la sobrevaloración concomitante de las cuestiones subjetivas... En la actualidad las cuestiones cruciales que conciernen a la vida colectiva conocen el mismo destino que los discos más vendidos de los hit-parades, todas las alturas se doblegan, todo se desliza en una indiferencia relajada... Poderes cada vez más penetrantes, benévolo, invisibles, individuos cada vez más atentos a ellos mismos, 'débiles', dicho de otro modo lábiles y sin convicción: la profecía de Toqueville se cumple en el narcisismo posmoderno. (pp 12-13)

...La última figura del individualismo no reside en una independencia soberana asocial sino en ramificaciones y conexiones en colectivos con intereses miniaturizados, hiperespecializados: agrupaciones de viudos, de padres de hijos homosexuales, de alcohólicos, de tartamudos, de madres lesbianas... (p 13)

Narcisismo colectivo: nos juntamos porque nos parecemos, porque estamos directamente sensibilizados por los mismos objetivos existenciales. El narcisismo no sólo se caracteriza por la autoabsorción hedonista sino también por la necesidad de reagruparse con seres 'idénticos', sin duda para ser útiles y exigir nuevos derechos, pero también para liberarse, para solucionar los problemas íntimos por el 'contacto', lo 'vivido', el discurso en primera persona: la vida asociativa, instrumento *psi*. El narcisismo encuentra su modelo en la *psicologización* de lo social, de lo político, de la escena pública en general, en la subjetivización de todas las actividades antaño impersonales u objetivas... (la familia) (p 14)

La edad moderna estaba obsesionada por la producción y la revolución, la edad posmoderna lo está por la información y la expresión... Eso es precisamente el narcisismo, la expresión gratuita, la primacía del acto de comunicación sobre la naturaleza de lo comunicado, la indiferencia por los contenidos, la reabsorción lúdica del sentido, la comunicación sin objetivos ni público, el emisor convertido en el principal receptor... Comunicar por comunicar, expresarse sin otro objetivo que el mero expresar y ser grabado por un micropúblico, el narcisismo descubre aquí como en otras partes su convivencia con la desubstancialización posmoderna, con la lógica del vacío. (pp 14-15)

Capítulo I. Seducción continua.

Indiscutiblemente hemos de partir del mundo del consumo. Con la profusión lujuriosa de sus productos, imágenes y servicios, con el hedonismo que induce, con su ambiente eufórico de tentación y proximidad, la sociedad de consumo explícita sin ambages la amplitud de la estrategia de la seducción. Sin embargo ésta no se reduce al espectáculo de la acumulación; más exactamente se identifica con la sobremultiplicación de *elecciones* que la abundancia hace posible con la latitud (?) de los individuos sumergidos en un universo transparente, abierto, que ofrece cada vez más opciones y combinaciones a medida, y que permite una circulación y selección libres... (p 18)

... La seducción nada tiene que ver con la representación falsa y la alienación de las conciencias; es ella la que construye nuestro mundo y lo remodela según un *proceso sistemático de personalización* que consiste esencialmente en multiplicar y diversificar la oferta, en proponer más para que uno decida más, en sustituir la sujeción uniforme por la libre elección, la homogeneidad por la pluralidad, la austeridad por la realización de los deseos... la

verdad de la sociedad posmoderna, sociedad abierta, plural, que tiene en cuenta los deseos de los individuos y aumenta su libertad combinatoria. La vida sin imperativo categórico, la vida *kit* modulada en función de las motivaciones individuales, la vida flexible en la era de las combinaciones, de las opciones, de las fórmulas independientes que una oferta infinita hace posibles, así opera la seducción. Seducción en el sentido de que el proceso de personalización reduce los marcos rígidos y coercitivos, funciona sibilinamente jugando la carta de la persona individual, de su bienestar, de su libertad, de su interés propio. (p 19)

... no nos engañemos, la seducción videomática no se debe únicamente a la magia de las nuevas tecnologías, sino que está profundamente arraigada en esa ganancia de autonomía individual, en su posibilidad para cada cual de ser un agente libre de su tiempo, menos sujeto a las normas de las organizaciones rígidas. La seducción es *privática*. (p 21)

Las costumbres han caído también en la lógica de la personalización. La última moda es la diferencia, la fantasía, el relajamiento; lo estándar, la rigidez, ya no tienen buena prensa. El culto a la espontaneidad y la cultura *psi* estimula a ser ‘más’ uno mismo, a ‘sentir’, a analizarse, a liberarse de roles y ‘complejos’. La cultura posmoderna es la del *feeling* y de la emancipación individual extensiva a todas las categorías de edad y sexo. La educación, antes autoritaria, se ha vuelto enormemente permisiva, atenta a los deseos de los niños y adolescentes mientras que, por todas partes, la ola hedonista desculpabiliza el tiempo libre, anima a realizarse sin obstáculos y a aumentar el ocio. La seducción: una lógica que sigue su camino, que lo impregna todo y que al hacerlo, realiza una socialización suave, tolerante, dirigida a personalizar-psicologizar al individuo. (pp 21-22)

El lenguaje se hace eco de la seducción. Desaparecidos los sordos, los ciegos, los lisiados, surge la edad de los que oyen mal, de los no-videntes, de los minusválidos; los viejos se han convertido en personas de la tercera o cuarta edad, las chachas en empleadas del hogar, los proletarios en interlocutores sociales. Los malos alumnos son niños con problemas o casos sociales, el aborto es una interrupción voluntaria del embarazo. Incluso los analizados son analizantes. El proceso de personalización aseptiza el vocabulario como lo hace con el corazón de las ciudades, los centros comerciales y la muerte. Todo lo que presenta una connotación de inferioridad, de deformidad, de pasividad, de agresividad debe desaparecer en favor de un lenguaje diáfano, neutro y objetivo, tal es el último estadio de las sociedades individualistas. Paralelamente a las organizaciones flexibles y abiertas se establece un lenguaje eufemístico y tranquilizante, un *lif-ting* semántico conforme al proceso de personalización centrado en el desarrollo, el respeto y la armonización de las diferencias individuales: ‘Soy un ser humano. No doblar, romper o torcer’... (p 22)

... Lejos de ser un agente de mistificación y de pasividad, la seducción es *destrucción cool* de lo social por un proceso de aislamiento que se administra ya no por la fuerza bruta o la cuadrícula reglamentaria sino por el hedonismo, la información y la responsabilización. Con el reino de los *mass media*, de los objetos y del sexo, cada cual se observa, se comprueba, se vuelca sobre sí mismo en busca de la verdad y de su bienestar, cada uno se hace responsable de su propia vida, debe gestionar de la mejor manera su capital estético, afectivo, psíquico, libidinal, etc. Aquí socialización y desocialización se identifican, al final del desierto social se levanta el individuo soberano, informado, libre, prudente administrador de su vida: al volante, cada uno abrocha su propio cinturón de seguridad. Fase posmoderna de la socialización, el proceso de personalización es un nuevo tipo de control social liberado de los procesos de masificación-reificación-represión. La integración se realiza por persuasión invocando salud, seguridad y racionalidad: publicidades y sensibilizaciones médicas pero

también consejos de las asociaciones de consumidores. Pronto el videotexto presentará ‘árboles de decisión’, sistemas pregunta-respuesta que permitirán al consumidor dar a conocer al ordenador sus propios criterios a fin de efectuar una selección racional y personalizada. La seducción ya no es libertina. (p 24)

... La política personalizada corresponde a la emergencia de esos nuevos *valores* que son la cordialidad, las confidencias íntimas, la proximidad, la autenticidad, la personalidad, valores individualistas-democráticos por excelencia, desplegados a gran escala por el consumo de masas. La seducción: hija del individualismo hedonista y *psi*, mucho más que del maquiavelismo político... (p 25)

La autogestión, que consiste en suprimir las relaciones burocráticas del poder, en hacer de cada uno un sujeto político autónomo, representa otra vertiente de la seducción. Abolición de la separación dirigente-ejecutante, descentralización y diseminación del poder; la liquidación de la mecánica del poder clásico y de su orden lineal es el objetivo de la autogestión, sistema cibernético de distribución y de circulación de la información... La seducción no funciona con el misterio, funciona con la información... (p 27)

Sexducción

Alrededor de la inflación erótica actual y de lo porno, una especie de denuncia unánime reconcilia a las feministas, los moralistas, los estetas, escandalizados por el envilecimiento del ser humano rebajado a la categoría de objeto y por el sexo-máquina que disuelve las relaciones de seducción en una orgía repetitiva y sin misterio. Pero ¿y si lo esencial no estuviera ahí, y si lo porno propiamente fuera una figura de seducción? ¿Pues qué otra cosa hace, sino destruir el orden arcaico de la Ley y de la Prohibición, abolir el orden coercitivo de la Censura y de la represión en beneficio de un verlo-todo, hacerlo-todo, decirlo-todo, que define el trabajo mismo de la seducción? Una vez más es el punto de vista moral el que reduce lo porno a la reificación y el orden industrial o serial del sexo: aquí todo está permitido, hay que ir siempre más lejos, buscar dispositivos inauditos, nuevas combinaciones en una libre disposición del cuerpo, una libre empresa en el sexo que convierte lo porno, contrariamente a lo que dicen sus detractores, en un agente de desestandarización y de subjetivización del sexo, al igual que todos los movimientos de liberación sexual... la seducción anexiona el sexo y el cuerpo según el mismo imperativo de personalización del individuo. En el momento del autoservicio libidinal, el cuerpo y el sexo se vuelven instrumentos de subjetivización-responsabilización, hay que acumular las experiencias, explotar el capital libidinal de cada uno, innovar en las combinaciones. Todo lo que recuerda la inmovilidad, la estabilidad debe desaparecer en provecho de la experimentación y de la iniciativa. De esto modo se produce un sujeto, ya no por disciplina sino por personalización del cuerpo bajo la égida del sexo. Su cuerpo es usted, existe para cuidarlo, amarlo, exhibirlo, nada que ver con la máquina. La seducción amplía el ser-sujeto dando una dignidad y una integridad al cuerpo antes ocultado: nudismo, senos desnudos son los síntomas espectaculares de esa mutación por la que el cuerpo se convierte en *persona* a respetar, a mimar al sol... (pp 29-30)

¿Qué ocurre cuando el sexo se hace político, cuando las relaciones sexuales se traducen en relación de fuerzas, de poder?... a través de la lucha por el aborto libre y gratuito, se apunta al derecho de autonomía y de responsabilidad en materia de procreación; se trata de sacar a la mujer de su estatuto de pasividad y resignación ante los azares de la procreación. Disponer de sí misma, escoger, no ceñirse a la máquina reproductora, al destino biológico y social, el neofeminismo es una figura del proceso de personalización... (pp 30-31)

...(el psicoanalismo) cuanto más interpreta, más las energías refluyen hacia el Yo, lo inspeccionan y le llenan por todas partes; cuanto más analiza, mayor es la interiorización y la subjetivización del individuo; a más Inconsciente e interpretación, mayor autoseducción. Máquina narcisista incomparable, la interpretación analítica es un agente de personalización por el deseo a la vez que un agente de disocialización, de atomización sistemática e interminable como todos los dispositivos de la seducción. Bajo la égida del Inconsciente y de la Represión, cada uno es remitido a sí mismo en su reducto libidinal, en busca de su propia imagen desmistificada, privado incluso en los últimos avatares lacanianos de la autoridad y de la verdad del analista. Silencio, muerte del analista, todos somos analizantes, simultáneamente interpretados e interpretantes en una circularidad sin puerta ni ventana. Don Juan ha muerto; una nueva figura, mucho más inquietante, se yergue, Narciso, subyugado por sí mismo en su cápsula de cristal. (P 32-33)

Capítulo II. La indiferencia pura.

... Consideremos esa inmensa ola de desinversión por la que todas las instituciones, todos los grandes valores y finalidades que organizaron las épocas pasadas se encuentran progresivamente vaciados de su sustancia, ¿qué es sino una deserción de las masas que transforma el cuerpo social en cuerpo exangüe, en organismo abandonado? Es inútil querer reducir la cuestión a las dimensiones de los ‘jóvenes’: no intentemos liberarnos de un asunto de civilización recurriendo a las generaciones. ¿Quién se ha salvado de ese maremoto? Aquí como en otras partes el desierto crece: el saber, el poder, el trabajo, el ejército, la familia, la Iglesia, los partidos, etc., ya han dejado globalmente de funcionar como principios absolutos e intangibles y en distintos grados ya nadie cree en ellos, en ellos ya nadie invierte nada... Por todas partes se propaga la ola de deserción, despojando a las instituciones de su grandeza anterior y simultáneamente de su poder de movilización emocional. Y sin embargo el sistema funciona, las instituciones se reproducen y desarrollan, pero por inercia, en el vacío, sin adherencia ni sentido, cada vez más controladas por los ‘especialistas’, los últimos curas, como diría Nietzsche, los únicos que todavía quieren inyectar sentido, valor, allí donde ya no hay otra cosa que un desierto apático... (pp 35-36)

... esa desmovilización de las masas que no se acompaña ni de desesperación ni de sentimiento de absurdidad. Todo él *indiferencia*, el desierto posmoderno está tan alejado del nihilismo ‘pasivo’ y de su triste delectación en la inanidad universal, como del nihilismo ‘activo’ y de su autodestrucción. Dios ha muerto, las grandes finalidades se apagan, pero *a nadie le importa un bledo*, ésta es la alegre novedad, ése es el límite del diagnóstico de Nietzsche respecto del oscurecimiento europeo. El vacío del sentido, el hundimiento de los ideales no han llevado, como cabía esperar, a más angustia, más absurdo, más pesimismo. Esa visión todavía religiosa y trágica se contradice con el aumento de la apatía de las masas, la cual no puede analizarse con las categorías de esplendor y decadencia, de afirmación y negación, de salud y enfermedad... nuestra bulimia de sensaciones, de sexo, de placer, no esconde nada, no compensa nada, y aún menos el abismo de sentido abierto por la muerte de Dios. La indiferencia, pero no la angustia metafísica... (pp 36-37)

Lo que es cierto para la pintura lo es también para la vida cotidiana. La oposición del sentido y del sin sentido ya no es desgarradora y pierde parte de su radicalismo ante la frivolidad o la utilidad de la moda, del ocio, de la publicidad. En la era de lo espectacular, las antinomias duras, las de lo verdadero y lo falso, lo bello y lo feo, lo real y la ilusión, el sentido y el sinsentido se esfuman, los antagonismos se vuelven ‘flotantes’, se empieza a comprender, más que les pese a nuestros metafísicos y antimetafísicos, que ya es posible vivir sin objetivo ni

sentido, en secuencia-flash, y esto es nuevo. “Es mejor cualquier sentido que ninguno”, decía Nietzsche, hasta esto ya no es verdad hoy. La propia necesidad de sentido ha sido barrida y la existencia indiferente al sentido puede desplegarse sin patetismo ni abismo, sin aspiración a nuevas tablas de valores; más vale: aparecen nuevas preguntas liberadas de las ensoñaciones nostálgicas; al menos que la apatía new-look tenga la virtud de desmontar las locuras mortíferas de los grandes predicadores del desierto. (p 38)

La indiferencia crece. En ninguna parte el fenómeno es tan visible como en la enseñanza donde en algunos años, con la velocidad del rayo, el prestigio y la autoridad del cuerpo docente prácticamente han desaparecido. El discurso del Maestro ha sido desacralizado, banalizado, situado en el mismo plano que el de los *mass media* y la enseñanza se ha convertido en una máquina neutralizada por la apatía escolar, mezcla de atención dispersada y de escepticismo lleno de desenvoltura ante el saber. Gran turbación de los Maestros. Es ese abandono del saber lo que resulta significativo, mucho más que el aburrimiento, variable por lo demás, de los escolares. Por eso, el colegio se parece más a un desierto que a un cuartel (...), donde los jóvenes vegetan sin grandes motivaciones ni intereses... (pp 38-39)

... Las declaraciones de un ministro no tienen mayor valor que un folletín; sin jerarquías se pasa de la política a las ‘variedades’, ya que lo único que determina la audiencia es la calidad de la diversión. Nuestra sociedad no conoce prelación, codificaciones definitivas, centro, sólo estimulaciones y *opciones* equivalentes en cadena. De ello proviene la indiferencia posmoderna, indiferencia por exceso, no por defecto, por hipersolicitud, no por privación. ¿Qué es lo que todavía puede sorprender o escandalizar? (p 39)

Ése sería el posmodernismo, la vuelta a lo regional, a la naturaleza, a lo espiritual, al pasado. Después del desarraigo moderno, el regionalismo y la ecología y ante todo el ‘retorno a los valores’ que por lo demás cambia cada seis meses, oscilando de la religión a la familia, de la tradición al romanticismo, en la misma indiferencia general hecha de curiosidad y tolerancia... Pero que nadie se llame a engaño, el regionalismo, la ecología, el ‘retorno a lo sagrado’, todos esos movimientos, lejos de estar en ruptura, no hacen otra cosa que rematar la lógica de la indiferencia... La modernidad, el futuro, ya no entusiasman a nadie. ¿Esto ocurre en beneficio de nuevos valores? Más valdría decir en beneficio de una personalización y liberación del espacio privado que lo absorbe todo en su órbita, incluidos los valores transcendentales. El momento posmoderno es mucho más que una moda; explicita el proceso de indiferencia pura en el que todos los gustos, todos los comportamientos pueden cohabitar sin excluirse, todo puede escogerse a placer, lo más operativo como lo más esotérico, lo viejo como lo nuevo, la vida simple-ecologista como la vida hipersofisticada, en un tiempo desvitalizado sin referencia estable, sin coordenada mayor. Para la mayoría, las cuestiones públicas, incluida la ecología, se vuelven *ambiente*, movilizan durante un tiempo y desaparecen tan deprisa como aparecieron... La indiferencia pura designa la apoteosis de lo temporal y del sincretismo individualista... El posmodernismo no es más que un grado suplementario en la escalada de la personalización del individuo dedicado al self-service narcisista y a combinaciones caleidoscópicas indiferentes. (pp 40-41)

En esas condiciones está claro que la indiferencia actual no recubre más que muy parcialmente lo que los marxistas llaman *alienación*, aunque se trate de una alienación ampliada. Ésta, lo sabemos, es inseparable de las categorías de objeto, de mercancía, de alteridad, y en consecuencia del proceso de reificación, mientras que la apatía se extiende tanto más por cuanto concierne a *sujetos* informados y educados. La deserción, no la reificación: cuanto más el sistema crea responsabilidades e informa, más abandonos hay; es

esa paradoja lo que impide asimilar alienación e indiferencia aunque ésta se manifieste por el aburrimiento y la monotonía. Más allá del ‘desasimiento’ y la miseria cotidiana, la indiferencia designa una nueva conciencia, no una inconsciencia, una disponibilidad, no una ‘exterioridad’, una dispersión, no una ‘depreciación’. Indiferencia no significa pasividad, resignación o mistificación, debemos romper definitivamente con esta cadena de identificaciones marxistas. El absentismo, las huelgas salvajes, el *turn over* demuestran que el desencanto en el trabajo corre a la par con las nuevas formas de combatividad y resistencia. El hombre cool no es ni el decadente pesimista de Nietzsche ni el trabajador oprimido de Marx, se parece más al telespectador probando por curiosidad uno tras otro los programas de la noche, al consumidor llenando su carrito, al que está de vacaciones dudoso entre unos días en las playas españolas y el camping en Córcega. La alienación analizada por Marx, resultante de la mecanización del trabajo, ha dejado lugar a una apatía inducida por el campo vertiginoso de las posibilidades y el libre-servicio generalizado; entonces empieza la indiferencia pura, librada de la miseria y de la ‘pérdida de realidad’ de los comienzos de la industrialización. (pp 41-42)

El proceso de deserción no es en modo alguno el resultado de un déficit cualquiera o de una carencia de sentido. Efecto imputable al proceso de personalización, el deambular apático debe achacarse a la *atomización* programada que rige el funcionamiento de nuestras sociedades: ... En un sistema organizado según un principio de aislamiento ‘suave’, los ideales y valores públicos sólo pueden declinar, únicamente queda la búsqueda del ego y del propio interés, el éxtasis de la liberación ‘personal’, la obsesión por el cuerpo y el sexo: hiper-inversión de lo privado y en consecuencia desmovilización del espacio público. Con la sociabilidad autoclave se inicia la desmotivación generalizada, el repliegue autárquico ilustrado por la pasión de consumir pero también por la moda del psicoanálisis y de las técnicas relacionales: cuando lo social está abandonado, el deseo, el placer, la comunicación se convierten en los únicos ‘valores’ y los ‘psi’ en los grandes predicadores del desierto. La era ‘psi’ se inicia con la deserción de masa y la libido es un flujo del desierto. (pp 42-43)

... una descripción necesaria para el funcionamiento del capitalismo moderno en tanto que sistema *experimental* acelerado y sistemático. Fundado en la combinación incesante de posibilidades inéditas, el capitalismo encuentra en la indiferencia una condición ideal para su experimentación, que puede cumplirse así con un mínimo de resistencia. Todos los dispositivos se hacen posibles en un tiempo mínimo..., las combinaciones se hacen y deshacen cada vez más deprisa, el sistema del ‘por qué no’ se vuelve puro como la indiferencia, ya sistemática y operacional. De este modo la apatía hace posible la *aceleración* de las experimentaciones y no únicamente de la explotación. ¿La indiferencia al servicio del provecho?... Instrumento de ninguna instancia en particular, la indiferencia es meta política, meta-económica, permite al capitalismo entrar en su fase de funcionamiento operacional. (p 43)

... La indiferencia no se identifica con la ausencia de motivación, se identifica con la escasez de motivación, con la ‘anemia emocional’ (Riesman), con la desestabilización de los comportamientos y juicios convertidos en ‘flotantes’ como las fluctuaciones de la opinión pública. El hombre indiferente no se aferra a nada, no tiene certezas absolutas, nada le sorprende, y sus opiniones son susceptibles de modificaciones rápidas: para alcanzar un grado tal de socialización, los burócratas del saber y del poder tienen que desplegar tesoros de imaginación y toneladas de informaciones. (p 44)

Pero sucede que, tras pasado el umbral ‘crítico’, los poderes no permanecen inactivos frente a ciertas formas de deserción como el absentismo o las huelgas salvajes, la disminución de natalidad, la droga, etc. ¿Significa ello que la indiferencia, contrariamente a lo que se ha dicho hasta ahora, es un dispositivo antagonista del sistema? Sí y no, ya que si esas deserciones introducen a la larga un disfuncionamiento intolerable, éste no es el resultado de un exceso de indiferencia sino más bien de una *falta* de indiferencia. Marginales, desertores, jóvenes huelguistas radicales son aún ‘románticos’ o salvajes, su desierto caliente está hecho a imagen y semejanza de su desesperación y de su furia de vivir de otra manera. Alimentada de utopía y pasiones, la indiferencia aquí permanece ‘impura’ aunque proceda de la misma cama fría de profusión y atomización. Será necesario pues un mayor enmarcamiento, más animación y educación para enfriar a esos nómadas: el desierto está ante nuestros ojos, debemos inscribirlo entre las grandes conquistas del futuro, al lado del espacio y de la energía. (p 44)

... cómo no descubrir la deserción y la indiferencia que corroen el mundo contemporáneo: ‘revolución sin finalidad’, sin programa, sin víctima ni traidor, sin filiación política. Mayo del 68, a pesar de su utopía viva, queda como un movimiento laxo y relajado, como la primera revolución indiferente, la prueba de que no hay que perder la esperanza en el desierto. (p 45)

... ¿Qué significará lo ‘político’? Ya lo político y lo existencial no pertenecen a esferas separadas, las fronteras se borran, se tambalean las prioridades aparecen envites inéditos en los lugares menos ‘duros’: la uniformidad, la monotonía, no amenazan el desierto, no es necesario que lloremos su pérdida. (p 45)

...El suicidio se hace de alguna manera ‘incompatible’ con la era de la indiferencia: por su solución radical o trágica, su inversión extrema en la vida y en la muerte, su desafío, el suicidio ya no corresponde al laxismo posmoderno. En el horizonte del desierto se perfila no tanto la autodestrucción, la desesperación definitiva, como la patología de masas, cada vez más banalizada, la depresión, el ‘están hartos’, el *flip*, expresiones del proceso de abandono y de indiferencia por ausencia de teatralidad espectacular por una parte, y por la oscilación permanente e indiferente que se instaura de forma endémica entre excitabilidad y depresión, por otra... (p 46)

... La tesis del ‘progreso’ psicológico es insostenible ante la extensión y generalización de estados depresivos, antes reservados prioritariamente a las clases burguesas. Nadie puede ya vanagloriarse de librarse de ellos, la deserción social ha provocado una democratización sin precedentes de la ‘enfermedad de vivir’, plaga actual difusa y endémica. De la misma manera el hombre cool no es más ‘sólido’ que el hombre de educación puritana o disciplinaria. Más bien al revés. En un sistema abandonado, basta con un acontecimiento módico, una nimiedad para que la indiferencia se generalice y se apodere de la propia existencia. Cruzando solo el desierto, transportándose a sí mismo sin ningún apoyo trascendente, el hombre actual se caracteriza por la *vulnerabilidad*. La generalización de la depresión no hay que achacarla a las vicisitudes psicológicas de cada uno o de las ‘dificultades’ de la vida actual, sino a la deserción de la *res publica*, que limpió el terreno hasta el surgimiento del individuo puro, Narciso en busca de sí mismo, obsesionado solamente por sí mismo y, así, propenso a desfallecer a hundirse en cualquier momento, ante una adversidad que afronta a pecho descubierto, sin fuerza exterior. El hombre relajado está desarmado. De esta manera los problemas personales toman dimensiones desmesuradas y cuanto más se insiste, ayudado o no por los ‘psi’, menos se resuelven. El mismo principio se aplica tanto a lo existencial, como a la enseñanza y lo político: cuanto más sujeto está a tratamiento y auscultación, más insoluble se vuelve. ¿Qué cosa hoy no da lugar a dramatizaciones y *stress*? Envejecer, engordar, afearse,

dormir, educar a los niños, irse de vacaciones, todo es un problema, las actividades elementales se han vuelto imposibles. (pp 46-47)

... la soledad se ha convertido en un *hecho*, una banalidad al igual que los gestos cotidianos. Las conciencias ya no se definen por el desgarramiento recíproco; el reconocimiento, el asentamiento de incomunicabilidad, el conflicto han dejado paso a la apatía y la propia intersubjetividad se encuentra abandonada. Después de la deserción social de los valores e instituciones, la relación con el Otro es la que sucumbe, según la misma lógica, al proceso de desencanto. El yo ya no vive en un infierno poblado de otros egos rivales o despreciados lo relacional se borra sin gritos, sin razón, en un desierto de autonomía y de neutralidad asfixiantes. La libertad, como la guerra, ha propagado el desierto, la extrañeza absoluta ante el otro. 'Déjame sola', deseo y dolor de estar solo. Así llegamos al final del desierto, previamente atomizado y separado, cada uno se hace agente activo del desierto, lo extiende y lo surca, incapaz de 'vivir' el Otro. No contento con producir el aislamiento, el sistema engendra su deseo, deseo imposible que, una vez conseguido, resulta intolerable: cada uno exige estar solo, cada vez más solo y simultáneamente no se soporta a sí mismo, cara a cara. Aquí el desierto ya no tiene ni principio ni fin. (pp 47-48)

Capítulo III. Narciso o la estrategia del vacío.

... Aparece un nuevo estadio del individualismo: el narcisismo designa el surgimiento de un perfil inédito del individuo en sus relaciones con él mismo y su cuerpo, con los demás, el mundo y el tiempo, en el momento en que el 'capitalismo' autoritario cede el paso a un capitalismo hedonista y permisivo, acaba la edad de oro del individualismo, competitivo a nivel económico, sentimental a nivel doméstico, revolucionario a nivel político y artístico, y se extiende a un individualismo puro, desprovisto de los últimos valores sociales y morales que coexistían aún con el reino glorioso del *homo economicus*, de la familia, de la revolución y del arte; emancipada de cualquier marco trascendental, la propia esfera privada cambia de sentido, expuesta como está únicamente a los deseos cambiantes de los individuos. Si la modernidad se identifica con el espíritu de empresa, con la esperanza futurista, está claro que por su indiferencia histórica el narcisismo inaugura la posmodernidad, última fase del *homo aequalis*. (p 50)

... La *res publica* está desvitalizada, las grandes cuestiones 'filosóficas', económicas, políticas o militares despiertan poco a poco la misma curiosidad desenfadada que cualquier suceso, todas las 'alturas' se van hundiendo, arrastradas por la vasta operación de neutralización y banalización sociales. Únicamente la esfera privada parece salir victoriosa de ese maremoto apático; cuidar la salud, preservar la situación material, desprenderse de los 'complejos', esperar las vacaciones: vivir sin ideal, sin objetivo trascendente resulta posible... Fin del *homo politicus* y nacimiento del *homo psicologicus*, al acecho de su ser y de su bienestar. (p 51)

Vivir en el presente, sólo en el presente y no en función del pasado y del futuro, es esa 'pérdida de sentido de la continuidad histórica' (C.N., p 30), esa erosión del sentimiento de pertenencia a una 'sucesión de generaciones enraizadas en el pasado y que se prolonga en el futuro' es la que, según Chr. Lasch, caracteriza y engendra la sociedad narcisista. Hoy vivimos para nosotros mismos, sin preocuparnos por nuestras tradiciones y nuestra posteridad: el sentido histórico ha sido olvidado de la misma manera que los valores y las instituciones sociales... (p 51)

(Cf Vietnam, Watergate, terrorismo...)...un clima de pesimismo y de catástrofe inminente que explican el desarrollo de las estrategias narcisistas de ‘supervivencia’, prometiendo salud física y psicológica. Cuando el futuro se presenta amenazador e incierto, queda la retirada sobre el presente, al que no cesamos de proteger, arreglar y reciclar en una juventud infinita. A la vez que pone el futuro entre paréntesis, el sistema procede a la ‘devaluación del pasado’, por su avidez de abandonar las tradiciones y territorialidades arcaicas e instituir una sociedad sin anclajes ni opacidades; con esa indiferencia hacia el tiempo histórico emerge el ‘narcisismo colectivo’, síntoma social de la crisis generalizada de las sociedades burguesas, incapaces de afrontar el futuro si no es en la desesperación. (pp 51-52)

... De hecho, el narcisismo contemporáneo se extiende en una sorprendente ausencia de nihilismo trágico aparece masivamente en una apatía frívola, a pesar de las realidades catastróficas ampliamente exhibidas y comentadas por los *mass media*... Nos acostumbramos sin desgarramiento a lo ‘peor’ que consumimos en los *mass media*; nos instalamos en la crisis que, por lo que parece, no modifica los deseos de bienestar y de distracción. La amenaza económica y ecológica no ha conseguido penetrar en profundidad la conciencia indiferente de la actualidad; debemos admitirlo, el narcisismo no es en absoluto el último repliegue de un Yo desencantado por la ‘decadencia’ occidental y que se abandona al placer egoísta. Ni versión nueva del ‘divertirse’ ni alienación -la información jamás estuvo tan desarrollada-, el narcisismo ha abolido lo trágico y aparece como una forma inédita de apatía hecha de sensibilización epidérmica al mundo a la vez que de profunda indiferencia hacia él: ... (p 52)

... De hecho, el narcisismo surge de la deserción generalizada de los valores y finalidades sociales, provocada por el proceso de personalización. Abandono de los grandes sistemas de sentido e hiperinversión en el Yo corren a la par: en sistemas de ‘rostro humano’ que funcionan por el placer, el bienestar, la desestandarización, todo concurre a la promoción de un individualismo puro, dicho de otro modo *psi*, liberado de los encuadres de masa y enfocado a la valoración generalizada del sujeto. Es la revolución de las necesidades y su ética hedonista lo que, al atomizar suavemente a los individuos, al vaciar poco a poco las finalidades sociales de su significado profundo ha permitido que el discurso *psi* se injerte en lo social, convirtiéndose en un nuevo ethos de masa; es el ‘materialismo’ exacerbado de las sociedades de la abundancia lo que, paradójicamente, ha hecho posible la eclosión de una cultura centrada en la expansión subjetiva, no por reacción o ‘suplemento del alma’, sino por aislamiento a la carta... Lejos de derivarse de una ‘concienciación’ desencantada, el narcisismo resulta del cruce de una lógica social individualista hedonista impulsada por el universo de los objetos y los signos, y de una lógica terapéutica y psicológica elaborada desde el siglo XIX a partir del enfoque psicopatológico. (p 53)

... La sensibilidad política de los años sesenta ha dado paso a una ‘sensibilidad terapéutica’; incluso (los más duros sobre todo) entre los ex líderes contestatarios sucumben a los encantos de la *self-examination*: ... En el momento en el que el crecimiento económico se ahoga, el desarrollo psíquico toma el relevo, en el momento en que la información sustituye la producción, el consumo de conciencia se convierte en una nueva bulimia: yoga, psicoanálisis, expresión corporal, zen, terapia primal, dinámica de grupo, meditación trascendental; a la inflación económica responde la inflación *psi* y el formidable empuje narcisista que engendra. Al canalizar las pasiones sobre el Yo, promovido así al rango de ombligo del mundo, la terapia *psi*, por más que esté teñida de corporeidad y de filosofía oriental, genera una figura inédita de Narciso, identificado de una vez por todas con el *homo psicologicus*. Narciso obsesionado por él mismo no sueña, no está afectado de narcosis, *trabaja* asiduamente para la liberación del Yo, para su gran destino de autonomía de independencia: renunciar al amor, ‘to

love myself enough so that I do not need another to make me happy' que es el nuevo programa revolucionario de J. Rubin (citado por Chr. Lash, p. 44) (pp 53-54)

En ese dispositivo *psi*, el inconsciente y la represión ocupan una posición estratégica. Por el desconocimiento radical que instituyen sobre la verdad del sujeto, son operadores cruciales del neonarcisismo: ofrecer el cebo del deseo y la barrera de la represión es una *provocación* que desencadena una irresistible tendencia a la reconquista de la verdad del Yo: 'Allí de donde era, debo advenir.' El narcisismo es una respuesta al desafío del inconsciente: conminado a reencontrarse, el Yo se precipita a un trabajo interminable de liberación, de observación y de interpretación. Reconozcámoslo, el inconsciente, antes de ser imaginario o simbólico, teatro o máquina, es un agente provocador cuyo efecto principal es un proceso de personalización sin fin: cada uno debe 'decirlo todo', liberarse de los sistemas de defensa anónimos que obstaculizan la continuidad histórica del sujeto, personalizar su deseo por las asociaciones 'libres' y en la actualidad por lo no-verbal, el grito y el sentimiento animal. Por otra parte, todo lo que podía funcionar como desperdicios (el sexo, el sueño, el lapsus, etc.) se encontrará reciclado en el orden de la subjetividad libidinal y del sentido. Ampliando así el espacio de la persona, incluyendo todas las escorias en el campo del sujeto, el inconsciente abre el camino a un narcisismo sin límites. Narcisismo total que manifiestan de otra forma los últimos avatares *psi* cuya consigna ya no es la interpretación sino el silencio del analista: liberado de la palabra del Maestro y del referente de verdad, el analizado queda en manos de sí mismo en una circularidad regida por la sola autoseducción del deseo. Cuando el significado deja paso a los juegos del significante, y el propio discurso a la emoción directa, cuando las referencias exteriores caen, el narcisismo ya no encuentra obstáculos y puede realizarse en toda su radicalidad. (pp 54-55)

De este modo la autoconciencia ha sustituido a la conciencia de clase, la conciencia narcisista substituye la conciencia política, substitución que no debe ni mucho menos interpretarse como el eterno debate sobre la desviación de la lucha de clases. Lo esencial no está aquí. Ante todo instrumento de socialización, el narcisismo, por su autoabsorción, permite una radicalización del abandono de la esfera pública y por ello una adaptación funcional al aislamiento social, reproduciendo al mismo tiempo su estrategia. Al hacer del Yo el blanco de todas las inversiones, el narcisismo intenta ajustar la personalidad a la atomización sibilina engendrada por los sistemas personalizados. Para que el desierto social resulte viable, el Yo debe convertirse en la preocupación central: se destruye la relación, qué más da, si el individuo está en condiciones de absorberse a sí mismo de este modo el narcisismo realiza una extraña 'humanización' ahondando en la fragmentación social: solución económica a la 'dispersión' generalizada, el narcisismo, en una circularidad perfecta, adapta el Yo al mundo en el que nace. El amaestramiento social ya no se realiza por imposición disciplinada ni tan sólo por sublimación, se efectúa por autoseducción. El narcisismo, nueva tecnología de control flexible y autogestionado, socializa desocializando, pone a los individuos de acuerdo con un sistema social pulverizado, mientras glorifica el reino de la expansión del Ego puro. (p 55)

Pero el narcisismo encuentra quizá su más alta función cuando quita lastre a los contenidos rígidos del Yo que la demanda inflacional de verdad sobre sí realiza ineluctablemente. Cuanto más se invierte en el Yo, como objeto de atención e interpretación, mayores son la incertidumbre y la interrogación. El Yo se convierte en un espejo *vacío* a fuerza de 'informaciones', una pregunta sin respuesta a fuerza de asociaciones y de análisis, una estructura abierta e indeterminada que reclama más terapia y anamnesia. Freud no se equivocaba cuando, en un texto célebre, se comparaba con Copérnico y Darwin, por haber infligido uno de los tres grandes 'mentís' en la megalomanía humana. Narciso ya no está

inmovilizado ante su imagen fija, no hay ni imagen, nada más que una búsqueda interminable de Sí Mismo, un proceso de desestabilización o flotación *psi* como la flotación monetaria o la de la opinión pública: Narciso se ha puesto en órbita. El neonarcisismo no se ha contentado con neutralizar el universo social al vaciar las instituciones de sus inversiones emocionales, también es el Yo el que se ha vaciado de su identidad, paradójicamente por medio de su hiperinversión. Al igual que el espacio público se vacía emocionalmente por exceso de informaciones, de reclamos y animaciones, el Yo pierde sus referencias, su unidad, por exceso de atención: el Yo se ha convertido en un ‘conjunto impreciso’. En todas partes se produce la desaparición de la realidad rígida, es la *desubstancialización*, última forma de extrapolación, lo que dirige la posmodernidad. (pp 55-56)

«Es a esa misma disolución del Yo a lo que apunta la nueva ética permisiva y hedonista: el esfuerzo ya no está de moda, todo lo que supone sujeción o disciplina austera se ha desvalorizado en beneficio del culto al deseo y de su realización inmediata, como si se tratase de llevar a sus últimas consecuencias el diagnóstico de Nietzsche sobre la tendencia moderna a favorecer la “debilidad de voluntad”, es decir, la anarquía de los impulsos o tendencias y correlativamente, la pérdida de un centro de gravedad que lo jerarquiza todo [...]. Asociaciones libres, espontaneidad creativa, no-directividad, nuestra cultura de la expresión, pero también nuestra ideología del bienestar estimulan la dispersión en detrimento de la concentración, lo temporal en lugar de lo voluntario, contribuyendo al desmenuzamiento del Yo, a la aniquilación de los sistemas psíquicos organizados y sintéticos. La falta de atención de los alumnos, de la que todos los profesores se quejan hoy, no es más que una de las formas de esa nueva conciencia *cool* y desenvuelta, muy parecida a la conciencia telespectadora, captada por todo y nada, excitada e indiferente a la vez, sobresaturada de informaciones, conciencia opcional, diseminada, en las antípodas de la conciencia voluntaria, “intra-determinada”. El fin de la voluntad coincide con la era de la indiferencia pura, con la desaparición de los grandes objetivos y grandes empresas por las que la vida merece sacrificarse: todo y ahora y no ya “per aspera ad astra”. “Disfrutad”, leemos a veces en las pintadas; no hay nada que temer, el sistema se encarga de ello, el Yo ha sido ya pulverizado en tendencias parciales según el mismo proyecto de desagregación que ha hecho estallar la socialidad en un conglomerado de moléculas personalizadas» (pp. 56-57).

... Lo social átono es la réplica exacta del Yo indiferente, con la voluntad débil, nuevo zombi atravesado de mensajes. Inútil desesperarse, el ‘debilitamiento de la voluntad’ no es catastrófico, no prepara una humanidad sumisa y alienada, no anuncia para nada la subida del totalitarismo: la apatía desenvuelta representa al contrario un muro contra los sobresaltos de religiosidad histórica y los grandes designios paranoicos. Obsesionado sólo por sí mismo, al acecho de su realización personal y de su equilibrio, Narciso obstaculiza los discursos de movilización de masas; hoy día, las invitaciones a la aventura, al riesgo político no encuentran eco; si la revolución se ha visto desclasada, no hay que achacarlo a ninguna ‘traición’ burocrática: la revolución se apaga bajo los spots seductores de la personalización del mundo. Así la era de la ‘voluntad’ desaparece: pero no hay ninguna necesidad de recurrir como Nietzsche, a una ‘decadencia cualquiera’. Es la lógica de un sistema experimental basado en la celeridad de las combinaciones, la que exige la eliminación de la ‘voluntad’, como obstáculo a su funcionamiento operativo. Un centro ‘voluntario’ con sus certezas íntimas, su fuerza intrínseca, representa aún un núcleo de resistencia a la aceleración de las experimentaciones: más vale la apatía narcisista, un Yo lábil, el único capaz de funcionar sincronizado con una experimentación sistemática y acelerada. (pp 57-58)

... En el momento en que la lógica de la personalización reorganiza la integralidad de los sectores de la vida social, la extro-determinación, con su necesidad de aprobación del Otro, su comportamiento orientado por el Otro, deja paso al narcisismo, a una autoabsorción que reduce la dependencia del Yo hacia los otros.... 'Las sociedades occidentales están pasando de un tipo de sociedad más o menos dirigida por los otros a una sociedad dirigida desde el interior' (R. Sennert). En la época de los sistemas a la carta, la personalidad ya no debe ser de tipo gregario o mimético, debe profundizar su deferencia, su singularidad: el narcisismo representa esa liberación de la influencia del Otro, esa ruptura con el orden de la estandarización de los primarios tiempos de la 'sociedad de consumo'. Licuación de la identidad rígida del Yo y suspensión del primado de la mirada del Otro, en cualquier caso, el narcisismo funciona fundamentalmente como agente del proceso de personalización. (p 58)

Se comete un grave error al querer dar cuenta de la 'sensibilidad terapéutica' a partir de una ruina cualquiera de la personalidad causada por la organización burocrática de la vida: 'El culto a la intimidad no se origina en la afirmación de la personalidad sino en su caída' (C.N., p 69). La pasión narcisista no procede de la alienación de una unidad perdida, no compensa una falta de personalidad, genera un nuevo tipo de personalidad, una nueva conciencia, toda ella indeterminación y fluctuación. Que el Yo se convierta en un espacio 'flotante', sin fijación ni referencia, una disponibilidad pura, adaptada a la aceleración de las combinaciones, a la fluidez de nuestros sistemas, esa es la función del narcisismo, instrumento flexible de ese reciclaje *psi* permanente, necesario para la experimentación posmoderna. Y, simultáneamente, al expurgar del Yo las resistencias y los estereotipos, el narcisismo hace posible la asimilación de los modelos de comportamientos elaborados por todos los ortopedistas de la salud física y mental: instituyendo un 'espíritu' doblegado a la *formación permanente*, el narcisismo coopera en la gran obra de gestión científica de los cuerpos y almas. (pp 58-59)

La erosión de las referencias del Yo es la réplica exacta de la disolución que conocen hoy las identidades y papeles sociales, antaño estrictamente definidos, integrados en las oposiciones reglamentadas: así el estatuto de la mujer, del hombre, del niño, del loco, del civilizado, etc., han entrado en un período de indefinición de incertidumbre, donde la interrogación sobre la naturaleza de las 'categorías' sociales no cesa de desarrollarse... Si el movimiento democrático disuelve las referencias tradicionales del otro, el vacío de toda diferencia esencial al implantar una identidad entre los individuos, sean cuales fueren por lo demás sus diferencias aparentes, el proceso de personalización narcisista desmonta las referencias del Yo, lo vacía de cualquier contenido definitivo. El reino de la igualdad ha transformado de arriba abajo la aprehensión de la alteridad al igual que el imperio hedonista y psicológico transforma de arriba abajo la aprehensión de nuestra propia identidad. Es más: la explosión *psi* sobreviene en el mismo momento en que todas las figuras de la alteridad (perverso, loco, delincuente, mujer, etc.) se ponen en tela de juicio y caen en lo que Tocqueville llama la 'igualdad de las condiciones'. Precisamente, ¿no surge el problema de la identidad propia, *íntima* esta vez, cuando la alteridad social deja masivamente paso a la identidad, la diferencia a la igualdad? ¿No es porque el proceso democrático se ha generalizado hasta carecer de límites o fronteras definibles, que surge el mar de fondo psicológico? Cuando la relación con uno mismo suplanta la relación con el otro, el fenómeno democrático deja de ser problemático; por ello, el despliegue del narcisismo significaría la deserción del reino de la igualdad que, entre tanto, proseguirá. Resuelta la cuestión del otro (¿quién hoy no es reconocido, objeto de solicitud e interrogación?), la igualdad ha limpiado el terreno permitiendo que surja la cuestión del Yo; de ahora en adelante predomina la autenticidad a la reciprocidad, el conocimiento de sí al reconocimiento... (pp 59-60)

Al querer asimilar..., el narcisismo al psicologismo, nos enfrentamos automáticamente con la dificultad que representa el cortejo de solicitudes y cuidados que rodean al cuerpo, promovido por ello al rango de verdadero objeto de culto... (edad, arrugas, la 'línea'...); el advenimiento de ese nuevo imaginario social del cuerpo produce el narcisismo. Así como la aprehensión de la alteridad del otro desaparece en beneficio del reino de la identidad entre los seres, el cuerpo mismo ha perdido su estatuto de alteridad, de *res extensa*, de materialidad muda, en beneficio de su identificación con el ser-sujeto, con la *persona*. El cuerpo ya no designa una abyección o una máquina, designa nuestra identidad profunda de la que ya no cabe avergonzarse y que puede exhibirse desnudo en las playas o en los espectáculos, en su verdad natural. En tanto que persona, el cuerpo gana dignidad; debemos respetarlo... (pp 60-61)

Ya lo dice Chr. Lasch, el miedo moderno a envejecer y morir es constitutivo del ne-narcisismo: el desinterés por las generaciones futuras intensifica la angustia de la muerte, mientras que la degradación de las condiciones de existencia de las personas de edad y la necesidad permanente de ser valorado y admirado por la belleza, el encanto, la celebridad hacen la perspectiva de la vejez intolerable (C.N., pp 354-357). De hecho, es el proceso de personalización el que, al evacuar sistemáticamente cualquier posición trascendente, engendra una existencia puramente actual, una subjetividad total sin finalidad ni sentido, abandonada al vértigo de su autodestrucción. El individuo, encerrado en ese ghetto de mensajes, se enfrenta a su condición mortal sin ningún apoyo 'trascendente' (político, moral o religioso). 'Lo que realmente rebela contra el dolor no es el dolor en sí, sino el sin sentido del dolor', decía Nietzsche: ocurre lo mismo con la muerte y la edad: es su sinsentido contemporáneo lo que exacerba su horror. En los sistemas personalizados, no queda más remedio que durar y mantenerse, aumentar la fiabilidad del cuerpo, ganar tiempo y ganar contra el tiempo. (pp 61-62)

Como todas las grandes dicotomías, la del cuerpo y del espíritu se ha esfumado; el proceso de personalización, y particularmente aquí, la expansión del psicologismo, borra las oposiciones y jerarquías rígidas, confunde las referencias e identidades marcadas. El proceso de psicologización es un agente de desestabilización, bajo su égida todos los criterios vacilan y fluctúan en una incertidumbre generalizada;... Con la expresión corporal y la danza moderna (...), con la eutonía y el yoga, con la bioenergía, el rolfing, la gestaltterapia, ¿dónde comienza el cuerpo, dónde acaba? Sus fronteras retroceden, se difuminan; el 'movimiento de conciencia' es un descubrimiento del cuerpo, a la vez que el de sus potencias subjetivas. El cuerpo psicológico ha substituido al cuerpo objetivo y la concienciación del cuerpo por sí mismo se ha convertido en una finalidad en sí para el narcisismo: hacer existir el cuerpo por sí mismo, estimular su autorreflexividad, reconquistar la interioridad del cuerpo, esa es la obra del narcisismo. (p 62)

Humanización, subjetivización, R. Sennett tiene razón, estamos inmersos en una 'cultura de la personalidad' a condición de precisar que el propio cuerpo se convierte en sujeto y, como tal, debe situarse en la órbita de la liberación, incluso de la revolución, sexual por supuesto, pero también estética, dietética, sanitaria, etc., bajo la égida de 'modelos directivos' (**Nota:** El proceso de personalización ha incorporado la propia *norma* como incorporó la producción, el consumo, la educación o la información. La norma dirigista o autoritaria ha sido sustituida por la norma 'indicativa', flexible, los 'consejos prácticos', las terapias 'a medida', las campañas de información y de sensibilización por películas humorísticas y anuncios sonrientes)... Paralelamente a la dessubstancialización del Yo, hay dessubstancialización del cuerpo, es decir eliminación de la corporeidad salvaje o estática por un trabajo que no se realiza como antes según una lógica pletórica que maneja informaciones y normas. El narcisismo, por la atención puntillosa hacia el cuerpo, por su preocupación permanente de funcionalidad óptima,

desmonta las resistencias ‘tradicionales’ y hace al cuerpo disponible para cualquier experimentación. El cuerpo, como la conciencia, se convierte en un espacio flotante, un espacio deslocalizado, en manos de la ‘movilidad social’: (En contra de la opinión de R. Sennett que opina que el narcisismo procede de la erosión de los roles públicos’, de todo artificio o costumbre, considerado como ‘algo seco, formal si no artificial’, como algo que obstaculiza la autenticidad del Yo). Sea cual fuere la validez parcial de esta tesis, ésta no resiste la prueba de la idolatría codificada del cuerpo, de la que R. Sennett curiosamente no dice palabra: si el narcisismo está en una corriente de abandono, esto concierne a los valores y finalidades ‘superiores’, en ningún caso a los roles y códigos sociales. Nada menos que el grado cero de lo social, el narcisismo procede de una hiperinversión de los códigos y funciona como un tipo inédito de control social sobre las almas y cuerpos. (pp 63-64)

Con lo que R. Sennett llama la ‘condena moral de la impersonalidad’ que equivale a la erosión de los papeles sociales, se inicia el reino de la personalidad, la cultura psicomórfica y la obsesión moderna del Yo en su deseo de revelar su ser verdadero o auténtico... Todo debe ser psicologizado, dicho en primera persona: hay que implicarse, revelar las propias motivaciones, entregar en cualquier ocasión la propia personalidad y emociones, expresar el sentimiento íntimo, sin lo cual se cae en el vicio imperdonable de la frialdad y el anonimato. En una sociedad ‘intimista’ que lo evalúa todo con un criterio psicológico, la autenticidad y la sinceridad, como ya observó Riesman, se convierten en virtudes cardinales, y los individuos, absortos como lo están en su yo íntimo, son cada vez menos capaces de desempeñar roles sociales: nos hemos convertido en ‘actores privados de arte’. Con su obsesión de verdad psicológica, el narcisismo debilita la capacidad de jugar con la vida social, hace imposible toda distancia entre lo que se siente y lo que se expresa: ‘La capacidad de ser expresivo se pierde, porque intentamos identificar la apariencia a nuestro ser profundo y porque ligamos el problema de la expresión al de su autenticidad’ (T.I., p 205). Y es ahí donde está la trampa, pues cuanto más los individuos se liberan de códigos y costumbres en busca de una verdad personal, más sus relaciones se hacen ‘fratricidas’ y asociales. Al exigir continuamente mayor inmediatez y proximidad, abrumando al otro con el peso de las confidencias personales, ya no respetamos la distancia necesaria para el respeto de la vida privada de los demás: el intimismo es tiránico e ‘incivil’. ‘El civismo es la actividad que protege al yo de los otros, y así le permite disfrutar de la compañía del prójimo. La máscara es la propia esencia del civismo... Cuantas más máscaras, mayor mentalidad ‘urbana’ y también más amor a la urbanidad’ (T.I., p 202). La sociabilidad exige barreras, reglas impersonales que son las únicas que pueden proteger a los individuos unos de otros; allí donde, al contrario, reina la obscenidad de la intimidad, la comunidad se hace pedazos y las relaciones humanas se vuelven ‘destructoras’... Liquidada la conciencia de clase, se fraterniza ahora sobre la base del barrio, de la región o de los sentimientos comunes: ‘El propio acto de compartir remite cada vez más a operaciones de exclusión o, a la inversa, de inclusión... La fraternidad no es más que la unión de un grupo selectivo que rechaza a todos aquellos que no forman parte de él... La fragmentación y las divisiones internas son el producto de la fraternidad moderna’ (T.I., p 203) (pp 64-65)

... El proceso de personalización no elimina los códigos, los descongela, a la vez que impone nuevas reglas adaptadas al imperativo de producir precisamente una *persona* pacificada. Decirlo todo, quizá, pero sin gritos, podéis decir lo que queráis, pero sin pasar a los actos;... sobreinversión en el verbo íntimo y a la vez abandono de la violencia física, por ese desplazamiento, el striptease *psi* se manifiesta como un instrumento de control y de pacificación social. La autenticidad, más que una realidad psicológica, es un valor social, y como tal expuesto a sujeciones: la orgía sobre revelaciones debe plegarse a nuevas normas... De todos modos, la autenticidad debe corresponder a lo que esperamos de ella, a los signos

codificados de la autenticidad: una manifestación demasiado exuberante, un discurso demasiado teatral no producen efecto de sinceridad, la cual debe adoptar un estilo cool, cálido y comunicativo. Más allá o más acá resulta histriónico o neurótico. Hay que expresarse sin reservas (e incluso esto debe ser bien matizado, ya lo veremos), libremente, pero dentro de un marco preestablecido. Hay búsqueda de autenticidad, en absoluto de espontaneidad: Narciso no es un actor atrofiado... El narcisismo se define no tanto por la explosión libre de las emociones como por el encierro sobre sí mismo, o sea la 'discreción', signo e instrumento del *self-control*. Sobre todo nada de excesos, de desbordamientos, de tensión que lleve a perder los estribos; es el replegarse sobre sí, la 'reserva' o la interiorización lo que caracteriza el narcisismo, no la exhibición 'romántica'. (pp 66-67)

Por otra parte el psicologismo, lejos de exacerbar las exclusiones y engendrar el sectarismo, tiene efectos inversos: la personalización desmantela los antagonismos rígidos, las excomunicaciones y contradicciones. El laxismo sustituye al moralismo o al purismo, y la indiferencia a la intolerancia. Narciso, demasiado absorto en sí mismo, renuncia a las militancias religiosas, abandona las grandes ortodoxias, sus adhesiones siguen la moda, son fluctuantes, sin mayor motivación. Aquí también la personalización conduce a la desinversión del conflicto, a la distensión. En sistemas personalizados, los cismas, las herejías ya no tienen sentido: cuando una sociedad 'valora el sentimiento subjetivo de los actores y desvaloriza el carácter objetivo de la acción' (T.I., p 21), pone en marcha un proceso de dessubstancialización de las acciones y doctrinas cuyo efecto inmediato es un relajamiento ideológico y político... (p 67)

... se acabó el culto al *self-made man* y al enriquecimiento como signo de progreso individual y social, ahora el 'éxito' sólo tiene un significado psicológico: 'La búsqueda de la riqueza no tiene más objeto que excitar la admiración y la envidia' (C.N., p 118). En nuestros sistemas narcisistas, cada uno corteja a sus superiores para obtener un ascenso, desea más ser envidiado que respetado y nuestra sociedad, indiferente al futuro, se presenta como una jungla burocrática donde reina la manipulación y la competencia de todos contra todos (C.N., pp 114-117)... Las relaciones humanas públicas y privadas, se han convertido en relaciones de dominio, relaciones conflictivas basadas en la seducción fría y la intimidación.... (p 68)

... El narcisismo tempera la jungla humana por su abandono de las jerarquías sociales, por la reducción del deseo de ser admirado y envidiado por sus semejantes. Profunda revolución silenciosa de la relación interpersonal: lo que importa ahora es ser uno mismo absolutamente, florecer independientemente de los criterios del Otro; el éxito visible, la búsqueda de la cotización honorífica tienden a perder su poder de fascinación, el espacio de la rivalidad interhumana deja paso a una relación pública neutra donde el Otro, despojado de todo espesor, ya no es ni hostil ni competitivo sino *indiferente*, dessubstancializado... Así, boicoteando el deseo de reconocimiento, temperando los deseos de escalada social, el narcisismo prosigue de otra manera, desde dentro en este caso, el proceso de igualdad de condiciones. El *homo psicologicus* aspira menos a sobresalir por encima de los demás que a vivir en un entorno distendido y comunicativo, en ambientes 'simpáticos', sin alturas, sin pretensión excesiva... (pp 70-71)

... el deseo de reconocimiento ha sido colonizado por la lógica narcisista, se vuelve cada vez menos competitivo, cada vez más estético, erótico, afectivo. El conflicto de las conciencias se personaliza, está más en juego el deseo de complacer, seducir, durante el mayor tiempo posible que el de clasificación social; también el deseo de ser escuchado, aceptado, tranquilizado, amado. Es por eso que la agresividad de los seres, el dominio y la servidumbre

se dan actualmente no tanto en las relaciones y conflictos sociales como en las relaciones sentimentales de persona a persona. Por otro lado, la escena pública y las conductas individuales se pacifican por autoabsorción narcisista...: el narcisismo no significa la exclusión del otro, designa la transcripción progresiva de las realidades individuales y sociales en el código de la subjetividad. (Pp 71)

... Al estimular una interrogación sistemática sobre la ‘naturaleza’ y el estatuto de la mujer, al buscar su identidad perdida, al rechazar cualquier posición preestablecida, el feminismo desestabiliza las oposiciones reguladas y borra las referencias estables: empieza el fin de la antigua división antropológica y de sus conflictos concomitantes. No la guerra de los sexos, sino *el fin del mundo del sexo* y de sus oposiciones codificadas. Cuanto más el feminismo cuestiona el ser de lo femenino, más éste se borra y se pierde en la incertidumbre; cuanto más se derrumban los pilares de su estatuto tradicional, mayor es la pérdida de identidad de la propia virilidad. Las claves relativamente homogéneas del sexo quedan substituidas por individuos cada vez más aleatorios, combinaciones hasta entonces improbables de actividad y de pasividad, miradas de seres híbridos sin una pertenencia fuerte al grupo. La identidad personal se vuelve problemática... La seducción femenina, misteriosa o histérica, deja paso a una autoseducción narcisista que hombres o mujeres comparten por un igual, seducción fundamentalmente *transexual*, apartada de las distribuciones y atribuciones respectivas del sexo. La guerra de los sexos no tendrá lugar: el feminismo, lejos de ser una máquina de guerra, es una máquina de desestandarización del sexo, una máquina dedicada a la reproducción ampliada del narcisismo. (pp 71-72)

A la guerra de cada uno contra todos se le suma una guerra interior llevada y amplificada por el desarrollo de un Superego duro y punitivo, resultado de las transformaciones de la familia, como la ‘ausencia’ del padre y la dependencia de la madre respecto a los expertos consejeros psicopedagógicos (C.N., capítulo VII). La ‘desaparición’ del padre, por la frecuencia de divorcios, lleva al niño a imaginar a la madre castradora del padre: en esas condiciones alimenta el sueño de reemplazarle, de ser el falo, consiguiendo la celebridad o acercándose a los que representan el éxito. La educación permisiva, la socialización creciente de las funciones parentales, que hacen difícil la interiorización de la autoridad familiar, no destruyen por eso el Superyo, sino que transforman su contenido en un sentido cada vez más ‘dictatorial’ y feroz (C.N., p 305). El Superyo se presenta actualmente bajo la forma de imperativos de celebridad, de éxito que, de no realizarse, desencadenan una crítica implacable contra el Yo. De este modo se explica la fascinación ejercida por los individuos célebres, *stars* e ídolos, estimuladas por los *mass media* que “intensifican los sueños narcisistas de celebridad y de gloria, animan al hombre de la calle a identificarse con las estrellas, a odiar el ‘borreguismo’ y le hace aceptar cada vez con más dificultad la banalidad de la existencia cotidiana” (C.N., 55-56): América se ha convertido en una nación de ‘fans’. Así como la proliferación de los consejeros médico-psicológicos destruye la confianza de los padres en su capacidad educativa y aumenta su ansiedad, asimismo las imágenes de felicidad asociadas a las de celebridad engendran nuevas dudas y angustias. Al activar el desarrollo de ambiciones desmesuradas y al hacer imposible su realización, la sociedad narcisista favorece la denigración y el desprecio de uno mismo. La sociedad hedonista sólo engendra a nivel superficial la tolerancia y la indulgencia, en realidad, jamás la ansiedad, la incertidumbre, la frustración alcanzaron estos niveles. El narcisismo se nutre antes del odio del Yo que de su admiración (C.N., p 72) (pp 72-73)

¿Culto a la celebridad? Lo más significativo es, al contrario, la pérdida de carisma que sufren las estrellas y famosos del mundo. El destino de las ‘estrellas’ de cine es paralelo al de los

grandes líderes políticos y pensadores ‘filosóficos’. Las figuras imponentes del saber y del poder se apagan, pulverizadas por un proceso de personalización incapaz de tolerar por más tiempo la manifestación ostentosa de tal desigualdad, de tamaña distancia. En el mismo momento se produce la disolución de los discursos sagrados marxistas y psicoanalíticos, el fin de los gigantes históricos, el fin de las *stars* por las que la gente se suicidaba y, a la vez se multiplican los pequeños pensadores, el silencio del psicoanalista, las estrellas de un verano, las charlas intimistas de los políticos. Todo lo que designa un absoluto, una altura demasiado importante desaparece, las celebridades pierden su aura a la vez que se debilita su capacidad de entusiasmar a las masas. Las vedettes no están ya mucho tiempo en cartel, las nuevas ‘revelaciones’ eclipsan las de ayer según la lógica de la personalización, que es incompatible con la sedimentación, siempre propensa a reproducir una sacralidad impersonal. A la obsolescencia de los objetos responde la obsolescencia de los *stars* y gurús; la personalización implica la multiplicación y aceleración en la rotación de los ‘famosos’ para que ninguno pueda erigirse en ídolo inhumano, en ‘monstruo sagrado’. A través del exceso de imágenes y de su celeridad se realiza la personalización: la ‘humanización’ viene con la inflación galopante de la moda. Así cada vez hay más ‘estrellas’ y menos inversión emocional en ellas; la lógica de la personalización genera una indiferencia hacia los ídolos, hecha de entusiasmo pasajero y de abandono instantáneo. Hoy día no cuenta tanto la devoción por el Otro como la realización y transformación de uno mismo; es lo que dicen, cada uno con sus lenguajes y en sus grados diversos, los movimientos ecológicos, el feminismo, la cultura *psi*, la educación cool de los niños, la moda ‘práctica’, el trabajo intermitente o el tiempo flexible. (pp 73-74)

... El principio de realidad queda sustituido por el principio de transparencia que transforma lo real en un lugar de *tránsito*, un territorio en el que el desplazamiento es imperativo: la personalización es una puesta en circulación. ¿Qué decir de esos suburbios interminables de los que sólo cabe huir? Lo real, climatizado, sobresaturado de informaciones, se vuelve irrespirable y condena cíclicamente al viaje: ‘cambiar de aires’, ir a cualquier parte, pero moverse, traduce esa indiferencia que afecta actualmente a lo real. Todo nuestro entorno urbano y tecnológico (...) está dispuesto para acelerar la circulación de los individuos, impedir el enraizamiento y en consecuencia pulverizar la sociabilidad... Circulación, información, iluminación apuntan a una misma anemización de lo real que a su vez refuerza la inversión narcisista: sea lo real inhabitable, sólo queda replegarse sobre uno mismo, el refugio antártico perfectamente ilustrado por la nueva moda de los decibelios, ‘cascos’ o conciertos pop. Neutralizar el mundo por la potencia sonora, encerrarse en uno mismo, relajarse y sentir el cuerpo al ritmo de los amplificadores... hay que identificarse con la música y olvidar la exterioridad de lo real. (‘Una generación de sordos’). Surge una nueva indiferencia, hacia el mundo a la que ya no acompaña siquiera el éxtasis narcisista de la contemplación de uno mismo, hoy Narciso ‘se libera’, envuelto en amplificadores, protegido por auriculares autosuficientes en su prótesis de sonidos ‘graves’. (pp 74-75)

“¡Si al menos pudiera sentir algo!”: esta fórmula traduce la ‘nueva’ desesperación que afecta a un número cada vez mayor de personas. En ese punto, el acuerdo de los *psi* parece general: desde hace veinticinco o treinta años, los trastornos psíquicos tratados por los terapeutas, mientras que las neurosis ‘clásicas’ del siglo XIX, histerias, fobias, obsesiones, sobre las que el psicoanálisis tomó cuerpo, ya no representan la forma predominante de los síntomas (T.I., p 259 y C.N., pp 88-89). Los trastornos narcisistas se presentan no tanto en forma de trastornos con síntomas claros y bien definidos, sino más bien como ‘trastornos de carácter’ caracterizados por un malestar difuso que lo invade todo, un sentimiento de vacío interior y de absurdidad de la vida, una incapacidad para sentir las cosas y los seres. Los síntomas neuróticos que correspondían al capitalismo autoritario y puritano han dejado paso bajo el

empuje de la sociedad permisiva, a desórdenes narcisistas, imprecisos e intermitentes. Los pacientes ya no sufren síntomas fijos sino de trastornos vagos y difusos; la patología mental obedece a la ley de la época que tiende a la reducción de rigideces así como a la licuación de las relevancias estables: la crispación neurótica ha sido sustituida por la flotación narcisista. Imposibilidad de sentir, vacío emotivo, aquí la desubstancialización ha llegado a su término, explicitando la verdad del proceso narcisista, como estrategia del vacío. (pp 75-76)

... según Chr. Lasch, los individuos aspiran cada vez más a un desapego emocional, en razón de los riesgos de inestabilidad que sufren en la actualidad las relaciones personales. Tener relaciones interindividuales sin un compromiso profundo, no sentirse vulnerable, desarrollar la propia independencia afectiva, vivir solo, ese sería el perfil de Narciso (C.N., p 339). El miedo a la decepción, el miedo a las pasiones descontroladas traducen a nivel subjetivo lo que Chr. Lash llama *the flight from feeling* -"la huida ante el sentimiento"-, proceso que se ve tanto en la protección íntima como en la separación que todas las ideologías 'progresistas' quieren realizar entre el sexo y el sentimiento. Al preconizar el *cool sex* y las relaciones libres, al condenar los celos y la posesividad, se trata de hecho de enfriar el sexo, de expurgarlo de cualquier tensión emocional para llegar a un estado de indiferencia, de desapego, no sólo para protegerse de las decepciones amorosas sino también para protegerse de los propios impulsos que amenazan el equilibrio interior (C.N., p 34). La liberación sexual, el feminismo, la pornografía apuntan a un mismo fin: levantar barreras contra las emociones y dejar de lado las intensidades afectivas. Fin de la cultura sentimental, fin del *happy end*, fin del melodrama y nacimiento de una cultura cool en la que cada cual vive en un bunker de indiferencia, a salvo de sus pasiones y de las de los otros. (pp 76-77)

Seguramente Chr. Lasch tiene razón al señalar el reflujo de la moda 'sentimental', destronada por el sexo, el placer, la autonomía, la violencia espectacular. El sentimentalismo ha sufrido el mismo destino que la muerte... El pudor sentimental está regido por el principio de economía y sobriedad, constitutivo del proceso de personalización. Por ello no es tanto la huida ante el sentimiento lo que caracteriza nuestra época como la huida ante los *signos* de sentimentalidad. No es cierto que los individuos busquen un desapego emocional y se protejan contra la irrupción del sentimiento; a ese infierno lleno de mónadas insensibles e independientes, hay que oponer los clubs de encuentros... Por eso el drama es más profundo que el pretendido desapego cool: hombres y mujeres siguen aspirando a la intensidad emocional de las relaciones privilegiadas (quizá nunca hubo una tal 'demanda' afectiva...), pero cuanto más fuerte es la espera, más escaso se hace el milagro fusional y en cualquier caso más *breve*. (NOTA: El proceso de desestandarización precipita el curso de las 'aventuras', pues las relaciones *repetitivas*, con su inercia o pesadez, perjudican la disponibilidad, la 'personalidad' viva del individuo. Hay que buscar el frescor de vivir, reciclar los afectos, tirar todo lo que envejece: en los sistemas desestabilizados, la única 'relación peligrosa' es una relación de pareja prolongada indefinidamente. De ahí una bajada o subida de la tensión cíclica: del stress a la euforia, la existencia se vuelve sismográfica (cf. *Manhattan*, de W. Allen).). Cuanto más la ciudad desarrolla posibilidades de encuentro, más solos se sienten los individuos; más libres, las relaciones se vuelven emancipadas de las viejas sujeciones, más rara es la posibilidad de encontrar una relación intensa. En todas partes encontramos la soledad, el vacío, la dificultad de sentir, de ser transportado *fuera de sí*; de ahí la huida hacia adelante en las 'experiencias' que no hace más que traducir esa búsqueda de una 'experiencia' emocional fuerte. ¿Por qué no puedo yo amar y vibrar? Desolación de Narciso, demasiado bien programado en absorción en sí mismo para que pueda afectarle el Otro, para salir de sí mismo, y sin embargo insuficientemente programado ya que todavía desea una relación afectiva. (pp 77-78)

Capítulo IV. Modernismo y posmodernismo.

Desde hace más de un siglo el capitalismo está desgarrado por una crisis cultural profunda, abierta, que podemos resumir con una palabra, modernismo, esa nueva lógica artística a base de rupturas y discontinuidades, que se basa en la negación de la tradición, en el culto a la novedad y al cambio. El código de lo nuevo y de la actualidad encuentra su primera formulación en Baudelaire para quien lo bello es inseparable de la modernidad, de la moda, de lo contingente... El modernismo no se contenta con la producción de variaciones estilísticas y temas inéditos, quiere romper la continuidad que nos liga al pasado, instituir obras absolutamente nuevas. Aunque lo más curioso es que el furor modernista descalifica, al mismo tiempo, las obras más modernas: las obras de vanguardia, tan pronto como han sido realizadas, pasan a la retaguardia y se hunden en lo ya visto, el modernismo prohíbe el estancamiento, obliga a la invención perpetua, a la huida adelante, esa es la ‘contradicción’ inmanente al modernismo: “El modernismo es una especie de autodestrucción creadora... el arte moderno no es sólo el hijo de la edad crítica, sino el crítico de sí mismo”. Adorno lo decía de otro modo: el modernismo se define menos por declaraciones y manifiestos positivos que por un proceso de *negación* sin límites y que, por este hecho no se salva ni él mismo: la ‘tradición de lo nuevo’ (H. Rosenberg), fórmula paradójica del modernismo, destruye y desprecia ineluctablemente lo que instituye, lo nuevo se vuelve inmediatamente viejo... el único principio que rige al arte es la propia forma del cambio... (pp 81-82)

... El callejón sin salida de la vanguardia está en el modernismo, en una cultura profundamente individualista y radical, en el fondo suicida, que sólo acepta como valor lo nuevo. El marasmo posmoderno es el resultado de la hipertrofia de una cultura cuyo objetivo es la negación de cualquier orden estable. (p 83)

... Lejos de reproducir los valores de la clase económicamente dominante, los innovadores artísticos de la segunda mitad del siglo XIX y del XX preconizarán, inspirándose en el romanticismo, valores fundados en la exaltación del yo, en la autenticidad y el placer, valores directamente hostiles a las costumbres de la burguesía centradas en el trabajo, el ahorro, la moderación el puritanismo... los artistas innovadores radicalizan sus críticas contra las convenciones e instituciones sociales, se convierten en contestadores encarnizados del espíritu burgués, menospreciando su culto al dinero y al trabajo, su ascetismo, su racionalismo estrecho. Vivir con la máxima intensidad, ‘desenfreno de todos los sentidos’, seguir los propios impulsos e imaginación, abrir el campo de experiencias, “la cultura modernista es por excelencia una cultura de la personalidad. Tiene por centro el ‘yo’. El culto de la singularidad empieza con Rousseau” (p 141) y se prolonga con el romanticismo y su culto a la pasión. Pero a partir del siglo XIX..., las normas de la vida burguesa son objeto de ataques cada vez más virulentos por parte de una bohemia rebelde. De este modo surge un individualismo ilimitado y hedonista.... (p 83)

... Con la difusión a gran escala de los objetos considerados hasta el momento como objetos de lujo, con la publicidad, la moda, los *mass media* y sobre todo el *crédito* cuya institución socava directamente el principio del ahorro, la moral puritana cede el paso a valores hedonistas que animan a gastar, a disfrutar de la vida, a ceder a los impulsos: desde los años cincuenta, la sociedad americana e incluso la europea se mueven alrededor del culto al consumo, al tiempo libre y al placer. “La ética protestante fue socavada no por el modernismo sino por el propio capitalismo. El mayor instrumento de destrucción de la ética protestante fue la invención del crédito...” (p 31). El estilo de vida moderno resulta no sólo de los cambios de

las sensibilidades impulsados por los artistas hará más de un siglo, sino con más profundidad de las transformaciones del capitalismo de hace sesenta años. (p 84)

De modo que se ha establecido una cultura, bajo los efectos conjugados del modernismo y del consumo de masa, centrada en la realización personal, la espontaneidad y el placer: el hedonismo se convierte en el 'principio axial' de la cultura moderna, en oposición abierta con la lógica de la economía y de la política, tal es la hipótesis general que rige los análisis de D. Bell... El orden 'tecno-económico' o 'estructura social' (...) está regido por la *racionalidad funcional*, es decir la eficacia, la meritocracia, la utilidad, la productividad. Al contrario, el principio fundamental que regula la esfera del poder y de la justicia social es la *igualdad*: la exigencia de igualdad no cesa de extenderse (pp 269-278) (igualdad ante la ley, de oportunidades, de resultados...: es la edad de la 'democracia de participación'). Todo ello produce una 'disyunción de los órdenes', una tensión estructural entre tres órdenes basados en lógicas antinómicas: *el hedonismo, la eficacia y la igualdad*. En esas condiciones debemos renunciar a considerar el capitalismo moderno como un todo unificado... Mientras el capitalismo se desarrolló bajo la égida de la ética protestante, el orden tecno-económico y la cultura formaban un conjunto coherente, favorable a la acumulación del capital, al progreso, al orden social, pero a medida que el hedonismo se ha ido imponiendo como valor último y legitimación del capitalismo, éste ha perdido su carácter de totalidad orgánica, su consenso, su voluntad. La crisis de las sociedades modernas es ante todo cultural o espiritual. (pp 84-85)

... Debemos desconfiar de las oposiciones irreconciliables que formula el sociólogo...

El modernismo no es una ruptura primera e incomparable... El modernismo no es más que un aspecto del amplio proceso secular que lleva al advenimiento de las sociedades democráticas basadas en la soberanía del individuo y del pueblo, sociedades liberadas de la sumisión a los dioses, de las jerarquías hereditarias y del poder de la tradición. Prolongación cultural del proceso que se manifestó con esplendor en el orden político y jurídico a fines del siglo XVIII, culminación de la empresa revolucionaria democrática que constituyó una sociedad sin fundamento divino, pura expresión de la voluntad de los hombres que se reconocen iguales... (pp 86-87)

... El modernismo instituye un arte liberado del pasado, soberanamente dueño de sí mismo, es una figura de la igualdad, la primera manifestación de la democratización de la cultura, aunque se presente como un fenómeno artístico elitista separado de las masas. (p 87)

... el arte moderno... es el medio de promover una cultura experimental y libre cuyas fronteras se desplazan perpetuamente, una creación abierta e ilimitada, un orden de signos en revolución permanente, dicho de otro modo una cultura estrictamente individualista, toda ella por inventar, paralelamente a un sistema político fundado en la única soberanía de las voluntades humanas. El modernismo es vector de la individualización y de la circulación continua de la cultura, instrumento de exploración de nuevos materiales, de nuevas significaciones y combinaciones. (p 88)

... El arte moderno asimila progresivamente todos los temas y materiales, y con ello se define por un proceso de *desublimación* de las obras, que corresponde exactamente a la desacralización democrática de la instancia política, a la reducción de los signos ostensibles de poder, de la secularización de la ley: el mismo trabajo de destitución de las alturas y majestades está en marcha, todos los temas están en el mismo plano, todos los elementos pueden entrar en las creaciones plásticas y literarias... (p 89)

... Pero cuidado, ese objetivo constante del modernismo, y no del posmodernismo, como ha dicho D. Bell, no es la insurrección del deseo, la revancha de las pulsiones contra la cuadrícula de la vida moderna, es la cultura de la igualdad la que arruina ineluctablemente la sacralidad del arte y revaloriza correlativamente lo fortuito, los ruidos, los gritos, lo cotidiano. A más o menos largo plazo, todo gana cierta dignidad, la cultura de la igualdad engendra una promoción, un reciclaje universal de las significaciones y objetos menores... Final de la supereminente altura del arte, que se reúne con la vida y baja a la calle, “la poesía debe ser hecha por todos, no por uno”, la acción es más interesante que el resultado, todo es arte: el proceso democrático corroe las jerarquías y las cumbres, y la insurrección contra la cultura, sea cual sea su radicalidad nihilista, sólo ha sido posible por la cultura del *homo aequalis*.

... Las analogías entre proceso revolucionario y proceso modernista son manifiestas: idéntica voluntad de instituir un corte brutal e irreversible entre el pasado y el presente... (“Quiero ser como un recién nacido, no saber nada, absolutamente nada de Europa... ser casi un primitivo”, P. Klee)... (pp 89-90)

El modernismo sólo pudo aparecer gracias a una lógica social e ideológica tan flexible que permitió la producción de contrastes, divergencias y antinomias. Ya se ha sugerido: es la revolución individualista por la que, por primera vez en la historia, el ser individual, igual a cualquier otro, es percibido y se percibe como fin último, se concibe aisladamente y conquista el derecho a la libre disposición de uno mismo, la que constituye el fermento del modernismo... El código de lo Nuevo es precisamente el instrumento del que se ha dotado la sociedad individualista para conjurar la sedentariedad, la repetición, la unidad, la fidelidad a Maestros y a uno mismo, con vistas a una cultura libre, cinética y plural. (p 93)

Lo que tiene de particular la innovación modernista es su alianza con el escándalo y la ruptura... En una sociedad fundada en el valor irremplazable, último, de cada unidad humana, el arte propone formas dislocadas, abstractas, herméticas; se presenta como *inhumano*. Esa paradoja se debe precisamente a nuestra representación del individuo que “es casi sagrado absoluto; no hay nada por encima de sus exigencias legítimas; sus derechos idénticos de los otros individuos” (L. Dumont). Los modernos inventaron la idea de una libertad sin límites que permite explicar lo que nos separa del humanismo clásico. El Renacimiento consideraba que el hombre se desplazaba en un universo inmutable y geométrico dotado de atributos permanentes. Sin embargo, el mundo exterior, incluso infinito y abierto a la acción, obedecía a leyes fijas, eternas, que el hombre sólo podía registrar. Con los modernos, la idea de una realidad que impone sus leyes es incompatible con el valor de la mónada individual ontológicamente libre. Desafío a las leyes, a lo real, al sentido, el ejercicio de la libertad no admite límites para los modernos; se manifiesta por un proceso hiperbólico de negación de las reglas heterodoxas y correlativamente por una creación autónoma que decreta sus propias leyes. Todo lo que se plantea en una independencia intangible, todo lo que implica una sumisión *a priori* no puede resistir a la larga el efecto de la autonomía individual. “He querido establecer el derecho de atreverme a todo”, decía Gauguin: la libertad ya no es una adaptación o variación de la tradición, exige la ruptura y la revuelta, la destrucción de las leyes y significaciones heredadas, una creación soberana, una invención sin modelo. Así el hombre moderno ha conquistado el derecho de disponer libremente de sí mismo en su vida privada, de deliberar sobre la naturaleza del poder y de la ley, asimismo ha conquistado el poder demiúrgico de organizar las formas libremente, según las leyes internas propias de la obra, más allá de los datos preexistentes, “crear se convertirá en una operación consciente” (Kandinsky). Una sociedad por inventar, una vida privada por administrar, una cultura por crear y por desestabilizar, el modernismo no puede aprehenderse independientemente del individuo libre y origen de sí mismo. Es la fractura de la organización ‘holista’, la inversión

de la relación del individuo con el conjunto social, en beneficio del ser individual aprehendido como libre y semejante a los otros lo que ha permitido la aparición de un arte liberado de sujeciones ópticas y lingüísticas, liberado de los códigos de la representación, de la intriga, de la verosimilitud y de la consonancia. (pp 93-95)

... Para que advenga la pasión modernista de lo Nuevo, tenían que existir nuevos valores que los artistas no inventaron pero que tenían a ‘su disposición’, procedentes de la organización de la colectividad, valores enraizados en la preeminencia concedida al individuo en relación a la colectividad y cuyo principal efecto será la desvalorización de lo instituido, el principio del modelo sea cual fuere. Ideología individualista que no puede reducirse a la ‘competencia por la legitimidad cultural’:... El arte moderno se enraíza en el trabajo convergente de esos valores individualistas que son la libertad, la igualdad y la revolución. (NOTA: Es el *homo clausus*, desocializado, liberado del principio imperioso de seguir las prescripciones colectivas, existiendo para sí mismo e igual a los otros, que ‘trabaja’ o ‘desconstruye’ las formas, no el proceso primario o la energía del deseo.) (p 96)

La consecuencia de esa ruptura de la escena representativa, es el ‘eclipse de la distancia’ entre la obra y el espectador, o sea la desaparición de la contemplación estética y de la interpretación razonada en beneficio de la ‘sensación, la simultaneidad, la inmediatez y el impacto’ que son los grandes valores del modernismo..., así aparece una cultura a base de dramatización, de emoción y estimulación constantes. Por eso D. Bell declara: “la cultura modernista insiste en el modo anti-intelectual y las facultades anticognitivas que aspiran a reencontrar las fuentes instintivas de la expresión. (pp 97-98)

... (Hasta principios del siglo XX) los artistas se contentaban con escribir novelas y pintar cuadros, ahora explican al público el sentido de su trabajo, se convierten en teóricos de sus prácticas. El arte que tiene por objetivo la espontaneidad y el impacto inmediato se acompaña paradójicamente de una excrecencia discursiva. No es una contradicción, es el estricto correlato de un arte individualista liberado de cualquier convención estética y que requiere por ello el equivalente de un diccionario, un suplemento-instrucciones. (pp 98-99)

... Experimentación que se basa en el sobrepasar los límites del yo, en la exploración de lo que excede lo intencional y deliberado, el arte moderno está obsesionado por el ojo y el espíritu en su estado salvaje (...). promoción de lo insólito, valorización de lo no-concertado y de lo irracional, el trabajo democrático de la igualdad prosigue su obra de integración y de reconocimiento universal pero ya bajo una forma abierta, fluida, ‘soluble’, decía Bréton. La cultura modernista, universalista en su proyecto, está simultáneamente regida por un proceso de personalización, dicho de otro modo, por una tendencia a reducir o a abolir el estereotipo del yo, de lo real y de la lógica, por una tendencia a disolver el mundo de las antinomias, las de lo subjetivo y objetivo, de lo real lo imaginario, del sueño y la vigilia, de lo bello y lo feo, de la razón y la locura y ello, para emancipar el espíritu, para escapar a las sujeciones y los tabúes, liberar la imaginación, reapasionar la existencia y la creación. Lejos de una retirada al interior del yo, se trata de una perspectiva revolucionaria dirigida contra las barreras y distinciones tiránicas de la ‘vida de los perros’, una voluntad de personalizar radicalmente al individuo, de crear un hombre nuevo, abrirlo a la verdadera vida... (p 99)

... si la espontaneidad, las impresiones fortuitas, la autenticidad se han convertido en valores artísticos e íntimos, ello se debe básicamente a la ideología del individuo autónomo y no social. ¿Cómo el hombre reconocido ontológicamente libre podía a la larga escapar a una aprehensión informal, indecisa, fluida: cómo podía apartarse el significado inestable y disperso del sujeto, esa manifestación existencial y estética de la libertad? Un individuo libre

es móvil, sin contornos asignables; su existencia está condenada a la indeterminación y a la contradicción. Además, la igualdad socava la jerarquía de las facultades y de los acontecimientos, dignifica cada instante, legitima cada impresión; el individuo puede aparecer, por ello, bajo un aspecto personalizado, dicho de otro modo, fragmentado, discontinuo, incoherente... Liquidación de las referencias fijas y de las oposiciones exterioridad-interioridad, puntos de vista múltiples y a veces indecibles (Pirandello), espacios sin límite ni centro, la obra moderna, literaria o plástica, está *abierta*. La novela ya no tiene ni principio ni fin verdaderos, el personaje está ‘inacabado’ a la manera de un interior de Matisse o de un rostro de Modigliani. La obra inacabada es la manifestación misma del proceso desestabilizador de personalización, que sustituye la organización jerarquizada, discursiva de las obras clásicas... (pp 100-101)

... La expresión se elabora sin código preestablecido, sin lenguaje común, conforme a la lógica de un tiempo individualista y libre. Simultáneamente, el humor o la ironía se convierten en valores esenciales de un arte soberano que ya no debe respetar nada y que, desde este momento, se abre al placer de la desviación lúdica... El arte moderno no evacúa la función de comunicación, sino que la personaliza desocializando las obras, creando códigos y mensajes a medida, pulverizando al público ahora disperso, inestable y circunscrito, borrando a través del humor la división del sentido y del no-sentido, de la creación y el juego. (p 101)

Corrosión de las antinomias, liquidación de los marcos novelescos, comunicación con un código flexible o sin código, participación activa de los espectadores, el modernismo obedece y a un proceso de personalización en un tiempo en que la lógica social dominante es aún disciplinaria. El arte moderno tiene el (papel) crucial de inaugurar en la fiebre revolucionaria, en la bisagra de nuestro siglo, un tipo de cultura cuya lógica es la misma que triunfará más adelante cuando el consumo, la educación, la distribución, la información se decantarán hacia una organización basada en la participación, la solicitud, la subjetivización, la comunicación. D. Bell vio el carácter precursor de la cultura modernista; no vio que lo esencial no radicaba en la aparición de los contenidos hedonistas sino en la emergencia de una forma social inédita, el proceso de personalización que no cesará de conquistar nuevas esferas hasta el punto de convertirse en la característica fundamental de las sociedades presentes y futuras, sociedades personalizadas, móviles y flotantes... Por más que sea revolucionaria, la lógica profunda del modernismo sigue siendo isomorfa a la de la sociedad posmoderna, participativa, fluida, narcisista. (p 103)

... Arte moderno y psicoanálisis: en el alba del siglo XX, la cultura conoce el mismo proceso de personalización que propone dispositivos abiertos. Con la regla de ‘decirlo todo’ y de las asociaciones libres, con el silencio del analista y la transferencia, la relación clínica se liberaliza y se introduce en la órbita flexible de la personalización. El análisis se vuelve ‘interminable’ de acuerdo con la representación moderna del individuo, valor último... (p 103)

Consumo y hedonismo: hacia la sociedad posmoderna.

Se acabó la gran fase de modernismo, la que fue testigo de los escándalos de la vanguardia. Hoy la vanguardia ha perdido su virtud provocativa, ya no se produce tensión entre los artistas innovadores y el público porque ya nadie defiende el orden y la tradición. La masa cultural ha institucionalizado la rebelión modernista... Transformación del público en la medida en el que el hedonismo que a principios de siglo era patrimonio de un reducido número de artistas antiburgueses se ha convertido, llevado por el consumo de masas, en el valor central de nuestra cultura: “la mentalidad liberal que prima hoy toma por ideal cultural el movimiento

modernista cuya línea ideológica lleva a la búsqueda del impulso como modo de conducta”. Entonces entramos en la cultura posmoderna, esa categoría que designa para D. Bell el momento en que la vanguardia ya no suscita indignación, en que las búsquedas innovadoras son legítimas en que el placer y el estímulo de los sentidos se convierten en los valores dominantes de la vida corriente. En este sentido, el posmodernismo aparece como la democratización del hedonismo, la consagración generalizada de lo Nuevo, el triunfo de la ‘anti-moral y del anti-institucionalismo’, el fin del divorcio entre los valores de la esfera artística y los de lo cotidiano. (p 105)

Pero posmodernismo significa asimismo advenimiento de una cultura extremista que lleva ‘la lógica del modernismo hasta sus límites más extremos’. En el curso de los años sesenta el posmodernismo revela sus características más importantes con su radicalismo cultural y político, su hedonismo exacerbado:..., la cultura cotidiana incorpora la liberación, el placer y el sexo. Cultura de masas hedonistas y psicodélica que sólo aparentemente es revolucionaria, ‘en realidad era simplemente una extensión del hedonismo de los años cincuenta y una democratización del libertinaje que practicaban desde tiempo atrás ciertas fracciones de la alta sociedad”. A este respecto los sesenta marcan ‘un principio y un fin’. Fin del modernismo: ... el último movimiento de revuelta cultural, de masas esta vez. Pero también principio de una cultura posmoderna, es decir sin innovación ni audacia verdaderas, que se contenta con democratizar la lógica hedonista, con radicalizar la tendencia a privilegiar ‘los impulsos más bajos antes que los nobles’. Ha quedado claro, es una repulsión neopuritana lo que guía la radioscopia del posmodernismo. (pp 105-106)

... el hedonismo y el consumo -que es su vector- son el epicentro del modernismo y del posmodernismo. Para caracterizar la sociedad y el individuo moderno, el punto de referencia es el consumo. (Esto provoca una revolución que Bell) identifica con el hedonismo, con una revolución de los valores que pone estructuralmente en crisis la unidad de la sociedad burguesa... (p 106)

... Al absorber al individuo en la carrera por el nivel de vida, al legitimar la búsqueda de la realización personal, al acosarlo de imágenes, de informaciones, de cultura, la sociedad del bienestar ha generado una atomización o una desocialización radical, mucho mayor que la que se puso en marcha con la escolarización en el siglo XIX. La era del consumo no sólo descalificó la ética protestante sino que liquidó el valor y existencia de las costumbres y tradiciones... Es la revolución de lo cotidiano lo que ahora toma cuerpo, después de las revoluciones económicas y políticas de los siglos XVIII y XIX, después de la revolución artística a principio de siglo. El hombre moderno está abierto a las novedades, apto para cambiar sin resistencia de modo de vida... Con el universo de los objetos, de la publicidad, de los *mass media*, la vida cotidiana y el individuo ya no tienen un peso propio, han sido incorporados al proceso de la moda y de la obsolescencia acelerada: la realización definitiva del individuo coincide con su desubstancialización, con la emergencia de individuos aislados y vacilantes, vacíos y reciclables ante la continua variación de los modelos. Cae así el último reducto que escapaba a la penetración burocrática, a la gestión científica y técnica de los comportamientos, al control de los poderes modernos que en todas partes aniquilan las formas tradicionales de sociabilidad y se dedican a producir-organizar lo que debe ser la vida de los grupos e individuos, hasta en sus deseos e intimidades. Control flexible, no mecánico o totalitario; el consumo es un proceso que funciona por la seducción, los individuos adoptan sin dudarlos los objetos, las modas, las fórmulas de ocio elaboradas por las organizaciones especializadas pero a su aire, aceptando eso pero no eso otro, combinando libremente los elementos programados. La administración generalizada de lo cotidiano no debe hacer olvidar

su correlato, la constitución de una esfera privada cada vez más personalizada e independiente: la era del consumo se inscribe en el vasto dispositivo moderno de la emancipación del individuo por una parte y de la regulación total y microscópica de lo social por otra...: a medida que lo cotidiano es elaborado minuciosamente por los conceptualizadores e ingenieros, el abanico de elecciones de los individuos aumenta, ese es el efecto paradójico de la edad del consumo. (pp 107-108)

... Sin duda los múltiples movimientos de reivindicación animados por los ideales de igualdad han contribuido a esa desestabilización, pero es mucho más la profusión de los objetos y la estimulación de las necesidades, los valores hedonistas y permisivos añadidos a las técnicas de contracepción; en resumen, es el proceso de personalización lo que ha permitido esa distensión *cool* de las referencias sociales, la legitimación de todos los modos de vida, la conquista de la identidad personal, el derecho de ser absolutamente uno mismo, el apetito de personalidad hasta su término narcisista. (p 109)

... Sea cual sea su estandarización, la era del consumo se manifiesta y continúa manifestándose como un agente de personalización, es decir, de responsabilización de los individuos, obligándoles a escoger y cambiar los elementos de su modo de vida. No debemos sobrevalorar el alcance de los fenómenos actuales de responsabilización directa por los interesados en sus propios asuntos: la responsabilización y la participación prosiguen su obra aunque según un dispositivo más personalizado aún...; lo que hacen no es otra cosa que personalizar al extremo la lógica del consumo... (pp 109-110)

... Si el consumo evacúa la cultura puritana y autoritaria, no lo hace en beneficio de una cultura irracional o impulsiva, más profundamente se instala un nuevo tipo de socialización 'racional' del sujeto, no por los contenidos escogidos que permanecen ampliamente sometidos a las fluctuaciones imprevisibles de las personalidades, sino por el imperativo seductor de informarse, de autodirigirse, de prever, de reciclarse, de someter la propia vida a la regla del mantenimiento y del test. La era del consumo desocializa los individuos y correlativamente los socializa por la lógica de las necesidades y de la información, socialización sin contenido fuerte, socialización con movilidad. El proceso de personalización crea un individuo informado y responsabilizado, disponer (?) constante de sí mismo. (p 111)

Responsabilización de un género nuevo, narcisista se podría decir, en la medida en que va acompañada de una desmotivación por la cosa pública por una parte y por otra parte de una descripción y desestabilización de la personalidad. Los signos son innumerables. Relajamiento en las relaciones interindividuales, culto a lo natural, parejas libres, profusión de divorcios, aceleración en los cambios de gustos, valores y aspiraciones, ética tolerante y permisiva, pero también explosión de los síndromes psicopatológicos, del estrés, de la depresión... Así las cosas, nada más falso que reconocer ahí a un 'hombre unidimensional', aunque sea bajo la etiqueta de una privatización inconcreta. El neonarcisismo se define por la desunificación, por el estallido de la personalidad, su ley es la coexistencia pacífica de los contrarios. A medida que los objetos y mensajes, prótesis *psi* y deportivas invaden la existencia, el individuo se desagrega en un patchwork heteróclito, en una combinatoria polimorfa, vivo retrato del posmoderno. Cool en sus maneras de hacer y ser, liberado de la culpabilidad moral, el individuo narcisista es, no obstante, propenso a la angustia y la ansiedad: permanentemente cuidadoso de su salud pero arriesgando su vida en las autopistas o en la montaña...; flotante, 'in', producido por los modelos internacionales de la moda y a la vez reinvertiendo en las lenguas menores periféricas, el terruño, ciertas tradiciones religiosas o populares. Esa es la personalización narcisista: la fragmentación disparada del yo, la emergencia de un individuo

que obedece a lógicas múltiples a la manera de las yuxtaposiciones compartimentadas de los artistas pop o de las combinaciones planas y aleatorias de Adami. (pp 111-112)

... se denomina sociedad posmoderna... (desde) el momento en que las sociedades occidentales tienden cada vez más a rechazar las estructuras uniformes y a generalizar los sistemas personalizados a base de solicitudes, opciones, comunicación, información, descentralización, participación. La edad posmoderna, en este sentido, no es en absoluto la edad paroxística libidinal y pulsional del modernismo; más bien sería al revés, el tiempo posmoderno es la base cool y desencantada del modernismo, la tendencia a la humanización a medida de la sociedad, el desarrollo de las estructuras fluidas moduladas en función del individuo y de sus deseos, la neutralización de los conflictos de clase, la disipación del imaginario revolucionario, la apatía creciente, la desubstancialización narcisista, la reinvestidura cool del pasado. El posmodernismo es el proceso y el momento histórico en que se opera ese cambio de tendencia en provecho del proceso de personalización, el cual no cesa de conquistar nuevas esferas: la educación, la enseñanza, el tiempo libre, el deporte, la moda, las relaciones humanas y sexuales, la información, los horarios, el trabajo, siendo este sector, con mucho, el más refractario al proceso en curso... (p 113)

Lejos de estar en discontinuidad con el modernismo, la era posmoderna se define por la prolongación y la generalización de una de sus tendencias constitutivas, el proceso de personalización, y correlativamente por la reducción progresiva de su otra tendencia, el proceso disciplinario... Limitándose al presente, ocultando el campo histórico, se sobrevalora la ruptura posmoderna, se pierde de vista que no hace más que proseguir, aunque sea con otros medios, la obra secular de las sociedades modernas democráticas-individualistas. Así como el modernismo artístico resultó una manifestación de la igualdad y la libertad, así la sociedad posmoderna, al convertir en modo dominante el proceso de personalización, sigue realizando los significados centrales del mundo moderno. El universo de los objetos, de la información y del hedonismo remata la 'igualdad de condiciones', eleva el nivel de vida y cultiva las masas, aunque sólo sea bajo el mínimo común denominador, emancipa a las mujeres y a las minorías sexuales, unifica las edades bajo el imperativo de la juventud... (pp 113-114)

... El estallido de los grandes relatos: instrumentos de la igualdad y de la emancipación del individuo liberado del terror de los megasistemas, de la uniformidad de lo Verdadero y por ello a merced de la inestabilidad experimental de los 'contratos temporales', en estrecha congruencia con la desestabilización y particularización del narcisismo. La denuncia del imperialismo de lo Verdadero es una figura ejemplar del posmodernismo: el proceso de personalización disuelve una última rigidez y altura, produce una tolerancia cool a través de la afirmación del derecho a las diferencias, a los particularismos, a las mutiplicidades en la esfera del saber aligerado de toda autoridad suprema, de cualquier referencia de realidad. Incorporación del orden lineal-dirigista de lo Verdadero en el de la fluctuación de las hipótesis y de las constelaciones de lenguajes miniaturizados. Es el mismo proceso flexible que liberaliza las costumbres, desmultiplica los grupos de reivindicación, desestandariza la moda y los comportamientos, construye el narcisismo y licúa lo Verdadero: la operación saber posmoderno, heterogeneidad y dispersión de los lenguajes, teorías flotantes, no es más que una manifestación del hundimiento general fluido y plural que nos hace salir de la edad disciplinaria y de esta manera socava la lógica del *homo clausus* occidental. Solamente en esa amplia continuidad democrática e individualista se dibuja la originalidad del momento posmoderno, es decir el predominio de lo individual sobre lo universal, de lo psicológico sobre lo ideológico, de la comunicación sobre la politización, de la diversidad sobre la homogeneidad, de lo permisivo sobre lo coercitivo. (pp 114-115)

Tocqueville decía que los pueblos democráticos mostraban un ‘amor más ardiente y más duradero por la igualdad que por la libertad’: tenemos derecho a preguntarnos si el proceso de personalización no ha modificado seriamente esa prioridad. Indiscutiblemente la exigencia de igualdad continúa desplegándose, pero hay otra demanda más significativa, más imperativa aún: la de la libertad individual. El proceso de personalización ha engendrado una explosión de reivindicaciones de libertad que se manifiesta en todos los ámbitos, en la vida sexual y familiar (sexo a la carta, educación liberal, modo de vida *child-free*) en el vestido, en el baile..., en la comunicación y enseñanza (...), en la pasión por el ocio y en el aumento de tiempo libre, en las nuevas terapias... En la actualidad se toleran mejor las desigualdades sociales que las prohibiciones que afectan a la esfera privada; se consiente más o menos el poder de la tecnocracia, se legitiman las élites del poder y del saber pero se es refractario a la reglamentación del deseo y de las costumbres... (pp 115-116)

... Después de una fase triunfante en la que efectivamente el orgasmo estaba de moda y el éxito se identificaba con la carrera por los objetos, hemos entrado en una fase desencantada, posmaterialista en la que la calidad de vida priva sobre los récords cuantitativos; el propio hedonismo se personaliza y se vuelve narcisismo *psi*. Los años sesenta son en este punto años-bisagra. Por un lado... rematan... la lógica hedonista: oposición virulenta al puritanismo, a la autoridad, al trabajo alienado, cultura de masa erótico-pornográfica, irrupción psicodélica. Pero por otro lado... privilegia los ideales cool, los mismos que se impondrán después de los años de la contestación: crítica de la bulimia consumista..., psicologización del militantismo, integración del autoanálisis y del yo en la crítica social, voluntad de ‘cambiar la vida’ al transformar directamente las relaciones con uno y con los demás. El placer ilimitado, el desenfreno, el desorden de los sentidos no son ni la imagen ni el futuro probable de nuestras sociedades, el entusiasmo psicodélico ha decaído ya y el ‘deseo’ ha pasado de moda, el culto al desarrollo espiritual, *psi* y deportivo ha substituido a la contra-cultura, el *feeling* al standing, la ‘vida simple’, convivencial y ecológica ha tomado el lugar de la pasión del tener, la medicina alternativa fundada en la meditación, las hierbas, la vigilancia del cuerpo y de sus ‘biorritmos’ revelan la distancia que nos separa del hedonismo hot del principio. El posmodernismo tiene tendencia a afirmar el equilibrio, la escala humana, el retorno a uno mismo, aunque sea cierto, que coexiste con los movimientos duros y extremistas (drogas, terrorismo, porno, punk). El posmodernismo es sincrético a la vez cool y hard, convivencial y vacío, *psi* y maximalista, una vez más se trata de la cohabitación de los contrarios que caracteriza nuestro tiempo... (pp 116-117)

... Signos menos visibles manifiestan ya una transformación notable del valor-placer: en los USA grupos de hombres reivindican el derecho a la impotencia, la sexología apenas decorada con la medalla al mérito científico es acusada ya de ser directiva, incluso terrorista con su imperativo de gozar, mujeres, hombres redescubren la virtud del silencio y de la soledad, de la paz interior y de la ascesis en las comunidades monásticas, ashrams o lamaserías. Ocurre lo mismo con el placer que con otros valores, no escapa del proceso de indiferencia. El placer se vacía de su contenido subversivo, sus contornos se desgastan, su preeminencia se banaliza; entra en el ciclo de la humanización en razón inversa del lenguaje técnico hipertrofiado con el que se expresa en las revistas especializadas: existe ya tanta reivindicación de sexo como de relación; demanda erótica y demanda comunicativa, perversión y meditación se interpenetran o coexisten sin contradicción. Diseminación de los modos de vida, el placer no es más que un valor relativo, equivalente a la comunicación, a la paz interior, a la salud o a la meditación; el posmodernismo barrió la carga subversiva de los valores modernistas, ahora, reina el eclecticismo cultural. (p 117)

Nada es más extraño en este tiempo planetario que lo que se llama ‘retorno a lo sagrado’: éxito de las sabidurías y religiones orientales (...), de los esoterismos y tradiciones europeas (...), estudio intensivo del Talmud y de la Torah..., multiplicación de las sectas; indiscutiblemente se trata de un fenómeno muy posmoderno en ruptura declarada con la Ilustración, con el culto a la razón y al progreso. ¿Crisis del modernismo que duda de sí mismo, incapaz...? ¿Resurrección de lo rechazado por Occidente en el momento en que éste no tiene ningún sentido que ofrecer? ¿Resistencia de los individuos y grupos ante la uniformización planetaria? ¿Alternativa al terror de la movilidad revalorizando las creencias del pasado? (Cf estadísticas)... Es más, la propia religión ha sido arrastrada por el proceso de personalización: se es creyente, pero a la carta, se mantiene tal dogma, se elimina tal otro, se mezclan los Evangelios con el Corán, el zen o el budismo, la espiritualidad se ha situado en la edad kaleidoscópica del supermercado y del auto-servicio. El *turnover*, la desestabilización ha revestido lo sagrado de la misma manera que el trabajo o la moda: un tiempo cristiano, algunos meses budistas, unos años discípulo de Krishna o de Maharaj Ji. La renovación espiritual no viene de una ausencia trágica de sentido, no es una resistencia al dominio tecnocrático, es un resultado del individualismo posmoderno reproduciendo su lógica flotante. La atracción de lo religioso es inseparable de la desubstancialización narcisista, del individuo flexible en busca de sí mismo, sin referencias ni certeza -aunque fuera la del poder de la ciencia-, pertenece a la misma categoría que los entusiasmos efímeros aunque no por ello menos poderosos por tal o cual técnica relacional, dietética o deportiva. Necesidad de encontrarse a sí mismo o de aniquilarse en tanto que sujeto, exaltación de las relaciones interpersonales o de la meditación personal, extrema tolerancia y fragilidad capaz de consentir los imperativos más drásticos, el neomisticismo participa de la desmembración personalizada del sentido y de la verdad, del narcisismo *psi*, sea cual sea la referencia al Absoluto que le subyace. Lejos de ser antinómico con la lógica principal de nuestro tiempo, el resurgimiento de las espiritualidades y esoterismos de todo tipo no hace sino realizarla aumentando el abanico de elecciones y posibilidades de la vida privada, permitiendo un cóctel individualista del sentido conforme al proceso de personalización. (pp 117-119)

... Mientras que el modernismo era exclusivo, ‘el posmodernismo es inclusivo hasta el punto de integrar incluso el purismo de su adversario cuando la cosa parece justificada’. Posmodernismo en el sentido en que ya no se trata de crear un nuevo estilo sino de integrar todos los estilos incluidos los más modernos: pasamos la página, la tradición se convierte en fuente viva de inspiración al mismo nivel que lo nuevo, todo el arte moderno aparece como una tradición entre otras... (p 121)

El envite es otro: el posmodernismo no tiene por objeto ni la destrucción de las formas modernas ni el resurgimiento del pasado, sino la coexistencia pacífica de estilos, el descrispamiento de la oposición tradición-modernidad, el fin de la antinomia local-internacional, la desestabilización de los compromisos rígidos por la figuración o la abstracción, en resumen el relajamiento del espacio artístico paralelamente a una sociedad en que las ideologías duras ya no entran, donde papeles e identidades se confunden, donde el individuo es flotante y tolerante... (p 122)

... De este modo el posmodernismo obedece al mismo destino que nuestras sociedades abiertas, posrevolucionarias, cuyo objetivo es aumentar sin cesar las posibilidades individuales de elección y combinaciones... “El eclecticismo es la tendencia natural de una cultura libre en sus elecciones”. A principios de siglo, el arte era revolucionario y la sociedad conservadora;... En la actualidad la sociedad, las costumbres, el mismo individuo se cambian

más deprisa, más profundamente que la vanguardia: el posmodernismo es la tentativa de insuflar un nuevo dinamismo al arte suavizando y multiplicando sus reglas de funcionamiento, a imagen y semejanza de una sociedad flexible, opcional, que reduce las relegaciones. (pp 122-123)

Al preconizar el reinvestimento del patrimonio cultural y un sincretismo *ad hoc*, el posmodernismo se presenta bajo el signo de un cambio claro de valores y perspectiva, una discontinuidad en la lógica modernista. Esa ruptura sin embargo, es en muchos aspectos más aparente que real..., si el efecto del modernismo fue... el incluir continuamente nuevos temas, materiales y combinaciones, es decir desublimar o democratizar la esfera estética, el posmodernismo no hace más que dar un paso suplementario en esa dirección. De ahora en adelante el arte integra todo el museo imaginario, legitima la memoria, trata con igualdad el pasado y el presente, hace cohabitar sin contradicción todos los estilos. Fiel en eso al modernismo, el posmodernismo se define también por el proceso de abertura, por la ampliación de las fronteras. Por último, al declarar que se sitúa fuera del culto vanguardista de lo Nuevo, el posmodernismo abandona un último ideal revolucionario, renuncia al aspecto elitista del modernismo, mira de identificarse con los gustos del público a la vez que satisface a los creadores: el arte está expurgado de su aspiración revolucionaria y de su imagen jerárquica, como consecuencia de su estrategia igualitaria. El posmodernismo sólo es una ruptura superficial, culmina el reciclaje democrático del arte, continúa el trabajo de reabsorción de la distancia artística... (pp 123-124)

... Los pintores *new-wave* de la 'Figuración libre' se declaran contra la vanguardia, se niegan a jugar, afirman, el juego de la carrera hacia lo nuevo, reivindican el derecho a ser ellos mismos, vulgares, sosos, sin talento, el derecho a expresarse libremente utilizando todas las fuentes sin aspirar a la originalidad: *bad painting*. El 'hay que ser absolutamente modernos' fue sustituido por la contraseña posmoderna y narcisista, 'hay que ser absolutamente uno mismo', dentro de un eclecticismo laxo. No se desea otra cosa que un arte sin pretensión, sin altura ni experimentación, libre y espontáneo, a imagen de la propia sociedad narcisista e indiferente. La democratización y personalización de las obras concluye en un individualismo flotante y *discount*, el arte, la moda, la publicidad ya no se distinguen radicalmente, todos ellos utilizan ampliamente el efecto-minuto o el de la paradoja... La operación 'trans-vanguardia' o la 'figuración libre' ni siquiera proceden del 'nihilismo pasivo', no contiene negación alguna; es el proceso de desubstancialización el que conquista abiertamente al arte por amalgama indiferente, por asimilación acelerada vacía de proyecto. Al igual que las grandes ideologías, el arte, en manos de la vanguardia o de la 'transvanguardia', está determinado por la misma lógica del vacío, de la moda y del marketing. (pp 124-125)

... El modernismo era una fase de creación revolucionaria de artistas en ruptura, el posmodernismo es una fase de expresión libre abierta a todos. El momento en que se trataba de que las masas accedieran al consumo de las grandes obras culturales fue superado por una democratización espontánea y real de las prácticas artísticas que corría paralela con la personalidad narcisista ávida de expresión de sí misma, de creatividad, aunque fuera a la manera cool, con gustos que oscilaban según las temporadas. (pp 125-126)

¿Crisis de la democracia?

Si el modernismo artístico ya no perturba el orden social, no ocurre lo mismo con la cultura de masa centrada en el hedonismo, en conflicto cada vez más abierto con el orden tecnoeconómico. El hedonismo es la contradicción cultural del capitalismo: "Por una parte la corporación de los negocios exige que el individuo trabaje enormemente, acepte diferir

recompensas y satisfacciones, en una palabra, que sea un engranaje de la organización. Por otra parte, la corporación anima al placer, al relajamiento, la despreocupación. Debemos ser concienzudos de día y juerguistas de noche” (p 81). Son estas discordancias, no las contradicciones inherentes al modo de producción, las que explican las diversas crisis del capitalismo. Al hacer hincapié en el divorcio entre el orden económico jerárquico-utilitario y el orden hedonista, D. Bell evidencia de manera indiscutible una contradicción esencial vivida día a día por cada uno de nosotros. Es más, no parece que esta tensión pueda ser reducida, al menos en un futuro previsible, sean cuales sean el aumento y la multiplicación de los dispositivos flexibles de personalización. El orden cool encuentra aquí su límite objetivo: el trabajo sigue siendo fatigante, su orden, comparado con el del tiempo libre, es rígido, impersonal y autoritario. A más tiempo libre, a mayor personalización, más aumenta el riesgo de que el trabajo resulte fastidioso, vacío de sentido, de algún modo tiempo robado al tiempo lleno, el de la vida privada del yo libre. Horarios móviles, trabajo a domicilio, *job enrichment*, todo eso, contrariamente al optimismo de los creyentes de la ‘Tercera Ola’, no modificará el perfil principal de nuestro tiempo, sea un trabajo obligado, repetitivo, monótono, que se opone a un deseo ilimitado de realización personal, de libertad y de ocio: sigue siendo la cohabitación de los contrarios, la desestabilización, la desunificación de la existencia, lo que nos caracteriza. (pp 126-127)

Así las cosas, plantear una disyunción estructural entre economía y cultura, presenta ciertas dificultades: en lo esencial, esa teoría enmascara la organización real de la cultura, oculta las funciones ‘productivas’ del hedonismo y la dinámica del capitalismo, simplifica y cristaliza excesivamente la naturaleza de las contradicciones culturales. Uno de los fenómenos importantes reside en que desde ahora la cultura está sometida a las normas gestionarias prevalentes en la ‘infraestructura’: los productos culturales han sido industrializados, sometidos a los criterios de la eficacia y de la rentabilidad, tienen las mismas campañas de promoción publicitaria y de marketing. Simultáneamente, el orden tecno-económico es inseparable de la promoción de las necesidades, y por lo tanto del hedonismo, de la moda, de las relaciones públicas y humanas, de los estudios de motivación, de la estética industrial: la producción ha integrado en su funcionamiento los valores culturales del modernismo mientras que la explosión de las necesidades permitía al capitalismo, durante los ‘treinta gloriosos’ y más, salir de sus crisis periódicas de sobreproducción. ¿Cómo sostener en esas condiciones que el hedonismo es la contradicción del capitalismo cuando está claro que es precisamente una condición de su funcionamiento y de su expansión? Ningún relanzamiento, ni crecimiento posible a largo o medio plazo sin una fuerte demanda de consumo. ¿Cómo mantener la idea de una cultura antinómica cuando el consumo se manifiesta precisamente como instrumento flexible de integración de los individuos en lo social, el medio de neutralizar la lucha de clases y abolir la perspectiva revolucionaria? No existe antinomia simple o unidimensional: el hedonismo produce unos conflictos y neutraliza otros. Si el consumo y el hedonismo han permitido resolver la radicalidad de los conflictos de clases, ha sido al precio de una generalización de la crisis subjetiva. La contradicción en nuestras sociedades no procede únicamente de la distancia entre cultura y economía, procede también del propio proceso de personalización, de un proceso sistemático de atomización e individualización narcisista: cuanto más la sociedad se humaniza, más se extiende el sentimiento de anonimato; a mayor indulgencia y tolerancia, mayor es también la falta de confianza personal; cuantos más años se viven, mayor es el miedo a envejecer; cuanto menos se trabaja, menos se quiere trabajar; cuanto mayor es la libertad de costumbres, mayor es el sentimiento de vacío; cuanto más se institucionalizan la comunicación y el diálogo, más solos se sienten los individuos; cuanto mayor es el bienestar, mayor es la depresión. La era del consumo engendra una desocialización general y polimorfa, invisible y miniaturizada; la anemia pierde sus

referencias, la exclusión a medida se ha apartado también del orden disciplinario. (pp 127-128)

Para D. Bell, resulta todavía más grave el hecho de que el hedonismo haya provocado una crisis espiritual que puede desembocar en el hundimiento de las instituciones liberales. El hedonismo tiene como consecuencia ineluctable la pérdida de la *civitas*, el egocentrismo y la indiferencia hacia el bien común, la falta de confianza en el futuro, el declive de la legitimidad de las instituciones (pp 253-254). Al valorizar sólo la búsqueda de la realización de sí mismo, la era del consumo socava el civismo, la valentía y la voluntad (p 92), no presenta ni valor superior ni razón de esperar: el capitalismo americano ha perdido su legitimidad tradicional fundada en la santificación protestante del trabajo y se muestra incapaz de proporcionar el sistema de motivación y de justificación que cualquier sociedad necesita y sin el cual la vitalidad de una nación se hunde. Indiscutiblemente ha habido otros factores; los problemas raciales, las bolsas de miseria en el corazón de la abundancia, la guerra del Vietnam, la contracultura han contribuido a esa crisis de confianza de América. Pero en todas partes, el hedonismo junto con la recesión económica crea una frustración de los deseos que el sistema apenas es capaz de reducir, y que puede formular soluciones extremistas y terroristas y llevar a la caída de las democracias. La crisis cultural conduce a la inestabilidad política: “En tales circunstancias, las instituciones tradicionales y los procedimientos democráticos de una sociedad se hunden y aumentan las iras irracionales con el deseo de ver surgir a un hombre providencial que salve la situación” (p 258). Únicamente una acción política dedicada a restringir los deseos ilimitados, a equilibrar el ámbito privado y el público, a reintroducir obligaciones legales tales como la prohibición de la obscenidad, de la pornografía, de las perversiones es capaz de reactivar la legitimidad de las instituciones democráticas: “La legitimidad puede reposar en los valores del liberalismo político si se disocia del hedonismo burgués” (p 260). La política neoconservadora, el orden moral, ¡remedios para la enfermedad senil del capitalismo! (pp 128-129)

Privatización exacerbada de los individuos, divorcio entre las aspiraciones y las gratificaciones reales, pérdida de la conciencia cívica, todo ello no autoriza ni a diagnosticar una ‘mezcla explosiva a punto de estallar’ ni a pronosticar el declive de las democracias. ¿No sería más acertado reconocer en ello los signos de un reforzamiento de masas de la legitimidad democrática? La desmotivación política, inseparable de los progresos del proceso de personalización, no debe esconder su complemento: la eliminación de los trastornos de la edad revolucionaria, la renuncia a las perspectivas de insurrección violenta, el consentimiento quizás blando pero general ante las reglas del juego democrático. ¿Crisis de legitimación? No lo creemos: ya ningún partido rechaza la regla de la competencia pacífica por el poder, nunca como hoy la democracia ha funcionado sin un enemigo interno declarado (a excepción de grupos terroristas minoritarios y sin ninguna audiencia), jamás ha estado tan segura del acierto de sus instituciones pluralistas, nunca como ahora estuvo tan en consonancia con las costumbres, con el perfil de un individuo amaestrado para la elección permanente, alérgico al autoritarismo y a la violencia, tolerante y ávido de cambios frecuentes pero sin verdadero riesgo. “Se da demasiada importancia a las leyes y demasiado poca a las costumbres”, escribía Tocqueville al observar que el mantenimiento de la democracia en América se basaba de forma preponderante en las costumbres: eso es aún más exacto en nuestros días en que el proceso de personalización no cesa de reforzar la demanda de la libertad, de elección, de pluralidad, creando a un individuo relajado, fair-play, abierto a las diferencias. A medida que crece el narcisismo, triunfa la legitimidad democrática, aunque sea de manera cool; los regímenes democráticos con su pluralismo de partidos, sus elecciones, su derecho a la

oposición y a la información se parecen cada vez más a la sociedad personalizada del autoservicio, del test y de la libertad combinatoria... (pp 129-130)

... La indiferencia pura no significa indiferencia a la democracia, significa abandono emocional de los grandes referentes ideológicos, apatía en las consultas electorales, banalización espectacular de lo político, transformación de la política en ‘ambiente’ pero dentro del campo de la democracia. Incluso aquellos que sólo se interesan por la dimensión privada de su vida permanecen unidos, por lazos tejidos por el proceso de personalización, al funcionamiento democrático de las sociedades. La indiferencia pura y la cohabitación posmoderna de los contrarios corren parejas: no se vota, pero se exige poder votar; nadie se interesa por los programas políticos pero se exige que existan partidos; no se leen los periódicos, ni libros, pero se exige libertad de expresión. ¿Cómo podría ser de otro modo en la era de la comunicación, de la sobreelección y del consumo generalizado? El proceso de personalización obra para legitimar la democracia en tanto que aquél es, en todos los terrenos, un operador de valorización de la libertad y de la pluralidad. Sea cual sea su despolitización, el *homo psicologicus* no es indiferente a la democracia, sigue siendo en sus aspiraciones profundas un *homo democraticus*, es su mejor garante. Evidentemente la legitimación ya no está unida a un compromiso ideológico, pero ahí reside su fuerza; la legitimación ideológica, contemporánea de la edad disciplinaria, ha dejado paso a un consenso existencial y tolerante, la democracia se ha convertido en una segunda naturaleza, un entorno, un ambiente... Europa no está destrozada por luchas sociales o políticas violentas. ¿Cómo explicarlo sin considerar la obra del proceso de personalización, el individuo cool y tolerante que de ella resulta, la legitimidad sorda pero eficaz, concedida por todos al orden democrático? (pp 130-131)

Quedan las contradicciones relacionadas con la igualdad. Según D. Bell, la crisis económica que sufren las sociedades occidentales se explica en parte por el hedonismo que origina aumentos de salarios permanentes y también por la exigencia de igualdad que lleva a un aumento de los gastos sociales del Estado aumento que no es en absoluto compensado por un aumento equivalente en la productividad... Ese estallido de reivindicaciones coincide con la tendencia posindustrial al predominio creciente de los servicios, sectores en los que precisamente el aumento de la productividad es más débil: ... La preponderancia de las actividades de servicios, el alza continua de su coste, los gastos sociales del Estado-providencia engendran una inflación estructural debida al desequilibrio de la productividad. El hedonismo, como la igualdad con sus ‘apetitos desmesurados’ contribuyen de este modo a amplificar una crisis ‘profunda y persistente’: “La sociedad democrática tiene reivindicaciones que la capacidad productiva de la sociedad no puede satisfacer” (p. 245) (pp 131-132)

...De hecho, al establecer una disyunción entre igualdad y economía, D. Bell reifica las antinomias del capitalismo, rehúsa tener en cuenta la flexibilidad de los sistemas democráticos, la invención y el despliegue histórico. Que existen tensiones entre la igualdad y la eficacia es una evidencia, pero eso no basta para concluir que existe una contradicción entre esos órdenes. Por lo demás, ¿qué debemos entender exactamente por ‘contradicción’ o ‘disyunción de los órdenes’? En ninguna parte se solventa el equívoco, y su esquema remite ora a una crisis estructural de un sistema en vías de decadencia ineluctable, ora a agarrotamientos profundos pero sobre los que es posible no obstante intervenir. ¿Igualdad contra utilidad? Lo más notable es que la igualdad es un valor flexible, traducible en el lenguaje economista de los precios y salarios, modulable según las opciones políticas... La igualdad no sólo produce disfuncionamientos, obliga al sistema político y económico a moverse, a ‘racionalizarse’, a innovar, es un factor de desequilibrio pero también de invención histórica.... De hecho, la igualdad como valor no es cuestionada: la reducción de las

desigualdades sigue en el orden del día, sean cuales sean las dificultades, nada nuevas por otra parte, para determinar la norma de lo justo y de lo injusto... (pp 132-133)

... Crítica de la gratuidad de los servicios, denuncia de los monopolios públicos, llamada a la desestandarización y a la privatización de los servicios, todo ello corresponde a la tendencia posmoderna a privilegiar la libertad antes que el igualitarismo uniforme, pero también a responsabilizar al individuo y a las empresas obligándoles a una mayor movilidad, innovación, elección. La crisis de la socialdemocracia coincide con el movimiento posmoderno de reducción de las rigideces individuales e institucionales: menos relación vertical y paternalista entre el Estado y la sociedad, menos régimen único, más iniciativa, diversidad y responsabilidad en la sociedad y en los individuos; las nuevas políticas sociales, a corto y largo plazo, deberán proseguir la misma obra de abertura que la puesta en movimiento por el consumo de masa... Para el Estado se abre el camino de entrar en el ciclo de la personalización, de adecuarse a una sociedad móvil y abierta, rechazando las rigideces burocráticas, la distancia política, aunque sea benévola, a la manera de la socialdemocracia. (pp 134-135)

Capítulo V. La sociedad humorística.

(Frente al fenómeno de dramatización suscitado por los *mass media*)... Más desapercibido ha pasado un fenómeno asimismo inédito, de alguna manera inverso, aunque legible a todos los niveles de la cotidianidad: el desarrollo generalizado del código humorístico...; el fenómeno designa simultáneamente el devenir ineluctable de todos nuestros *significados* y valores, desde el sexo al prójimo, desde la cultura hasta lo político, queramos o no. La ausencia de fe posmoderna, el neo-nihilismo que se va configurando no es ni atea ni mortífera, se ha vuelto humorística. (pp 136-137)

... si cada cultura desarrolla de manera preponderante un esquema cómico, únicamente la sociedad posmoderna puede ser llamada humorística, pues sólo ella se ha instituido globalmente bajo la égida de un proceso que tiende a disolver la oposición, hasta entonces estricta, de lo serio y lo no serio; como las otras grandes divisiones, la de lo cómico y lo ceremonial se difumina, en beneficio de un clima ampliamente humorístico. Mientras que a partir de las sociedades estatales, el cómico se opone a las normas serias, a lo sagrado, al Estado, representando por ello otro mundo, un mundo carnavalesco popular en la Edad Media, mundo de la libertad satírica del espíritu subjetivo desde la edad clásica, en la actualidad esa dualidad tiende a difuminarse bajo el empuje invasor del fenómeno humorístico que incorpora todas las esferas de la vida social, mal que nos pese. Los carnavales y fiestas sólo tienen ahora una existencia folklórica, el principio de alteridad social que encarnaban ha sido pulverizado y curiosamente se nos presentan hoy bajo un aspecto humorístico. Los panfletos violentos perdieron su preponderancia, los cantautores ya no están de moda; ha surgido un nuevo estilo desenfadado e inofensivo, sin negación ni mensaje, característico del humor de la moda, de la escritura periodística, de los juegos radiofónicos, de la publicidad de muchos comics. Lo cómico, lejos de ser la fiesta del pueblo o del espíritu, se ha convertido en un imperativo social generalizado, en una atmósfera cool, un entorno permanente que el individuo sufre hasta en su cotidianidad. (p 137)

... En la Edad Media, la cultura cómica popular está profundamente ligada a las fiestas, a las celebraciones de tipo carnavalesco... En este contexto, lo cómico está unificado por la categoría de 'realismo grotesco' basado en el principio del *rebajamiento* de lo sublime, del poder, de lo sagrado, por medio de imágenes hipertrofiadas de la vida material y corporal...: la

risa está siempre unida a la profanación de los elementos sagrados, a la violación de las reglas oficiales. Toda la comicidad medieval se vuelve imaginación grotesca que no debe confundirse con la parodia moderna, de alguna manera desocializada, formal o ‘estetizada’... Lo cómico medieval es ‘ambivalente’, siempre se trata de dar muerte (rebajar, ridiculizar, injuriar, blasfemar) para insuflar una nueva juventud, para iniciar la renovación. (pp 138-139)

A partir de la edad clásica, el proceso de descomposición de la risa de la fiesta popular está ya engranado mientras se forman los nuevos géneros de la literatura cómica, satírica y divertida alejándose cada vez más de la tradición grotesca. La risa, desprovista de sus elementos alegres, de sus groserías y excesos bufos, de su base obscena y escatológica, tiende a reducirse a la agudeza, a la ironía pura ejerciéndose a costa de las costumbres e individualidades típicas. Lo cómico ya no es simbólico, es *crítico*, ya sea en la comedia clásica, la sátira, la fábula, la caricatura, la revista o el vodevil. Entretanto lo cómico entra en su fase de desocialización, se privatiza y se vuelve ‘civilizado’ y aleatorio... Simultáneamente a esa privatización, la risa *se disciplina*: debe comprenderse el desarrollo de esas formas modernas de la risa que son el humor, la ironía, el sarcasmo, como un tipo de control tenue e infinitesimal ejercido sobre las manifestaciones del cuerpo... (p 139)

...: en el siglo XVIII, la risa alegre se convierte en un comportamiento despreciable y vil y hasta el siglo XIX, es considerada baja e indecorosa, tan peligrosa como tonta, es acusada de superficialidad e incluso de obscenidad... (pp 139-140)

... A través de la publicidad, de la moda, de los gadgets, de los programas de animación, de los *comics*, ¿quién no ve que la tonalidad dominante e inédita de lo cómico no es sarcástica sino *lúdica*? El humor actual evacúa lo negativo característico de la fase satírica o caricaturesca. La denuncia burlona correlativa de una sociedad basada en valores reconocidos es sustituida por un humor positivo y desenvuelto, un cómico *teen-ager* a base de absurdidad gratuita y sin pretensión. El humor en la publicidad o en la moda no tiene víctima, no se burla, no critica, afanándose únicamente en prodigar una atmósfera eufórica de buen humor y de felicidad sin más. El humor de masa no se fundamenta en la amargura o la melancolía: ... el humor contemporáneo se muestra insustancial y describe un universo radiante. .. (“el verdadero humor es el propio de un autor que finge gravedad y seriedad, pero pinta los objetos de un color que provoca la alegría y la risa” -Lord Kames-)... (“El humorista es un moralista que se disfraza de sabio” Bergson). En la actualidad lo cómico es extravagante e hiperbólico... El humor, desde ahora, es lo que seduce y acerca a los individuos... (pp 140-141)

... En las sociedades más crispadas, hay una tradición viva que se apoya en los chistes de temas concretos (los locos, el sexo, el poder, ciertos grupos étnicos): ahora el humor tiende a liberarse de esos cañamazos demasiado rígidos y estructurados en favor de una broma sin osamenta, sin cabeza de turco, de una comicidad vacía que se nutre de sí misma. El humor, como el mundo subjetivo e intersubjetivo, se banaliza, atrapado por la lógica generalizada de la inconsistencia...El humor dominante ya no se acomoda a la inteligencia de las cosas y del lenguaje, a esa superioridad intelectual, es necesario una comicidad *discount* y pop desprovista de cualquier supereminencia o distancia jerárquica. Banalización, desustancialización, personalización, reencontramos todos esos procesos en los nuevos seductores de los grandes *mass media*: los personajes burlescos, heroicos o melodramáticos tuvieron su hora, ahora se impone el estilo abierto, desenvuelto y humorístico...El ‘nuevo’ héroe no se toma en serio, desdramatiza lo real y se caracteriza por una actitud

maliciosamente relajada frente a los acontecimientos... De ahora en adelante nadie entrará aquí si se toma en serio, nadie es seductor si no es simpático. (pp 141-142)

... El otro deja de ser la víctima privilegiada de los sarcasmos, la gente se ríe mucho menos que antes de los vicios y defectos ajenos: en el siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX, amigos, vecinos, con sus infortunios (el cornudo por ejemplo), sus desviaciones respecto a la norma, eran la víctima de las bromas. Ahora se trata mejor al prójimo, en el mismo momento en que, como se verá, la imagen del otro pierde consistencia y se vuelve humorística a fuerza de singularidad. Como el humor lúdico en el orden de los signos de masa expresa cierto espíritu satírico, de la misma manera, en la cotidianeidad, la crítica burlesca contra otro se atenúa y pierde su efecto hilarante, de acuerdo con una personalidad *psi* en busca de calor convivencial y de comunicación interpersonal. (Pp 144)

... El personaje burlesco es inconsciente de la imagen que ofrece al otro, hace reír a pesar suyo, sin observarse, sin verse actuar, lo cómico son las situaciones absurdas que engendra, los gags que desencadena según un mecanismo irremediable. Por el contrario, con el humor narcisista, Woody Allen hace reír, sin cesar en ningún momento de analizarse, disecando su propio ridículo, presentando a sí mismo y al espectador el espejo de su Yo devaluado. El Ego, la conciencia de uno mismo, es lo que se ha convertido en objeto de humor y ya no los vicios ajenos o las acciones descabelladas. (p 145)

... ¿Qué queda... cuando el 'cachondeo' en las clases desaparece, cuando en la ciudad desaparecen los pregoneros, las bromas de los charlatanes y vendedores, cuando los cines multisalas ocupan el lugar de los cines de barrio, cuando los amplificadores de las discotecas no dejan hablar, en que la música ambiental da vida al discreto silencio de los restaurantes y supermercados? ¿Por qué nos fijamos tanto en los grandes ataques de hilaridad si no porque nos hemos deshabituado progresivamente a oír esos estallidos espontáneos tan frecuentes en tiempos pasados? A medida que la polución sonora invade la ciudad, la risa se apaga, el silencio invade el espacio humano, sólo los niños parecen a salvo, por algún tiempo aún, de esa sorprendente discreción... hemos entrado en una fase de depauperación de la risa, que acompaña la llegada del neonarcisismo. Por el abandono generalizado de los valores sociales que produce, por su culto a la realización personal, la personalización posmoderna cierra al individuo sobre sí mismo, hace desertar no sólo la vida pública sino finalmente la esfera privada, abandonada como está a los trastornos proliferantes de la depresión y de las neurosis narcisistas; el proceso de personalización tiene por término el individuo zombiesco, ya cool y apático, ya vacío del sentimiento de existir. Cómo entonces no darse cuenta de que la indiferencia y la desmotivación de masa, el incremento del vacío existencial y la extinción progresiva de la risa son fenómenos paralelos: en todas partes aparece la misma desvitalización, la misma erradicación de las emociones, la misma autoabsorción narcisista. (pp 145-146)

... Las instituciones se vacían de su carga emocional de la misma forma que la risa tiende a disminuir y a perder la dulzura. Mientras que nuestra sociedad privilegia los valores comunicacionales, el individuo, por su parte, ya no necesita manifestarse a través de la risa demostrativa que la sabiduría popular llama con razón 'comunicativa'. En la sociedad narcisista, el intercambio entre los seres renuncia a los signos ostensibles, se interioriza o se psicologiza; el reflujó de la risa no es más que una de las manifestaciones de la desocialización de las formas de la comunicación, del suave aislamiento posmoderno. Es algo muy distinto de una discreción civilizada lo que debemos reconocer en la atrofia contemporánea de la risa, es realmente la capacidad de reír lo que falla, de la misma manera

que el hedonismo ha comportado una debilitación de la voluntad. La desposesión, la desubstancialización del individuo, lejos de estar circunscrita al trabajo, al poder, alcanza ahora su unidad, su voluntad, su hilaridad. Concentrado en sí mismo, el hombre posmoderno siente progresivamente la dificultad de 'echarse' a reír, de salir de sí mismo, de sentir entusiasmo, de abandonarse al buen humor. La facultad de reír mengua, 'una cierta sonrisa' sustituye a la risa incontenible: la 'belle époque' acaba de empezar, la civilización prosigue su obra instalando una humanidad narcisista sin exuberancia, sin risa, pero sobresaturada de signos humorísticos. (pp 146-147)

El humor publicitario dice la verdad de la publicidad, es decir que no es ni un relato ni un mensaje, ni mítica ni ideológica..... Cuando el humor se vuelve una forma dominante, se borra la ideología, con sus oposiciones rígidas y su escritura en letras mayúsculas. Si bien todavía es posible, desde luego, encontrarle contenidos ideológicos, el funcionamiento publicitario en su especificidad humorística no por ello deja de destruir la dimensión ideológica, utilizada con un fin distinto del usual. Mientras que la ideología apunta a lo Universal, llamado lo Verdadero, el humor publicitario está más allá de lo verdadero y de lo falso, más allá de los grandes significantes, más allá de las oposiciones distintivas. El código humorístico socava la pretensión del sentido, destituye los contenidos: en el lugar y espacio de la transmisión ideológica, está la desustancialización humorística, la reabsorción del polo referencial. La glorificación del sentido ha sido sustituida por una depreciación lúdica, una lógica de lo inverosímil. (p 148)

... cuando la publicidad se presenta como publicidad, no hace más que inscribirse en la obra ya lejana de la emergencia de una sociedad sin opacidades, sin profundidad, una sociedad transparente para sí misma, cínica, a pesar de su humor cordial. (p 150)

... Al eliminar todo lo que parece serio -la seriedad, como la muerte, parece considerarse actualmente un tabú- la moda liquida las últimas secuelas de un mundo crispado y disciplinario y se vuelve masivamente humorística. Lo chic, la distinción, quedan cursis por ello el *pret-a-porter* ha suplantado la alta costura en la dinámica viva de la moda. Lo que sustituye al buen gusto, al gran estilo, es lo 'divertido': la edad humorística ha acabado con la edad estética. (p 151)

... Se acabaron los grandes escándalos, las grandes excomuniones de la elegancia, sólo queda ser uno mismo con o sin rebuscamientos pero con humor, todo está permitido, nos lo podemos poner todo: es el tiempo del 'segundo nivel'; en su órbita personalizada, la moda se ha desubstancializado, ya no implica ni apuesta ni riesgo. (p 152)

... la moda y su entorno dejan de oponerse radicalmente, paralelamente al movimiento universalmente visible de denegación de las oposiciones. Hoy la moda funciona con lo desaliñado, el desenfadado; lo nuevo debe parecer usado y lo estudiado, espontáneo. La moda más sofisticada imita y parodia lo natural, paralelamente -también en este caso- al relajamiento de las instituciones y costumbres posmodernas. Cuando la moda ya no es un polo claramente marcado, su estilo se vuelve humorístico, y su principal recurso, el plagio vacío y neutralizado. (p 153)

... son todas las culturas y la cultura las que ahora están colonizadas por el proceso humorístico. Sucedió así con la boga de las trenzas afro: inmediatamente reciclado en el registro de la moda, lo que era ritual y tradicional pierde peso y cae en la mascarada. Esa es la nueva cara del etnocidio: la exterminación de las culturas y poblaciones exóticas ha sido

substituida por un neocolonialismo humorístico. Imposibilidad para los blancos de respetar lo externo y ahora ni tan sólo lo interno de sí mismos: ya ni siquiera es la exclusión, la relegación, lo que determina nuestra relación con el Otro: la sociedad posmoderna está demasiado ávida de novedades como para rechazar cualquier cosa. Al contrario, lo acogemos todo, exhumamos y fagotizamos todo, pero a condición de burlarnos con desenvoltura del Otro... la representación del Otro a través de la moda toma un aspecto humorístico, porque pertenece a una lógica de lo inédito por lo inédito, despojada de cualquier significado cultural. No es desprecio sino parodia ineluctable, independiente de nuestras intenciones. (pp 153-154)

... En cualquier momento cualquier persona lleva cualquier cosa, independientemente de cualquier afirmación de identidad. De hecho, al integrar la escritura en su lógica, la moda ha hecho retroceder sus fronteras, ha aumentado el campo de sus combinaciones posibles y de este modo, la escritura, la cultura, el sentido, la afiliación funcionan con un coeficiente humorístico. Los signos están desconectados de su significación, de su uso, de su función, de su soporte, sólo queda un juego paródico, un conjunto paradójico en que el vestido da un tono de humor al escrito, el escrito humoriza el vestido: Gutenberg en comic informal y disfrazado. (p 154)

... El imperativo de la moda no es explicar o hacer soñar, sino cambiar por cambiar y la moda sólo existe por este proceso de desclasamiento incesante de las formas...: ciertamente la moda innova, pero sobre todo parodia el cambio, caricaturiza la innovación al programar el ritmo de sus cambios, al acelerar la cadencia de sus ciclos, al identificar lo nuevo a la promoción de los gadgets, al fingir ser en cada temporada la novedad fundamental. Siendo gran parodia inofensiva de nuestro tiempo, la moda, a pesar de su forcejeo en novedades, de su dinámica que induce a la obsolescencia de los signos no es ni mortífera ni suicida (R. Köning), es humorística. (p 155)

En vez de las conminaciones coercitivas, de la distancia jerárquica y de la austeridad ideológica, se dan la proximidad y desenfado humorístico, lenguaje de una sociedad flexible y abierta. Al conceder derecho de ciudadanía a la fantasía, el código humorístico aligera los mensajes y les insufla una rítmica, una dinámica que corre a la par con la promoción del culto de lo natural y de la juventud... Se necesita algo detonante, flash: lo pesado se disipa en aras de la 'vida', de los spots psicodélicos, de la esbeltez de los signos: el código humorístico electrifica el sentido. (pp 155-156)

... La sociedad cuyo valor cardinal es la felicidad de masa es arrastrada ineluctablemente a producir y consumir a gran escala signos adaptados a ese nuevo ethos, es decir mensajes alegres, felices, aptos para proporcionar en cualquier momento y para la mayoría una prima de satisfacción directa. El código humorístico es el complemento, el 'aroma espiritual' del hedonismo de masa, a condición de asimilar ese código al sempiterno instrumento del capital, destinado a estimular el consumo... Si el código humorístico se ha impuesto, se ha propagado, es porque corresponde a nuevos *valores*, a nuevos gustos (y no solamente a los intereses de clase), a un nuevo tipo de individualidad que aspira al placer y a la expansión, alérgica a la solemnidad del sentido después de medio siglo de socialización a través del consumo... (pp 156-157)

... no debemos proseguir la denuncia marxista: hay tantas más representaciones alegres cuanto más monótono y pobre es lo real; la hipertrofia lúdica compensa y disimula la angustia real cotidiana. En realidad el código humorístico aspira al relajamiento de los signos y a despojarlos de cualquier gravedad; dicho código resulta el verdadero vector de

democratización de los discursos mediante una dessubstancialización y neutralización lúdicas. Democratización que se debe menos a la obra de la ideología igualitaria que al auge de la sociedad de consumo, que extiende las pasiones individualistas, induce un deseo de masa de ser libre inmediatamente y correlativamente devalúa las formas estrictas: la cultura de lo espontáneo, *free style*, de la cual el humor actual no es más que una de las manifestaciones, corre paralela con el individualismo hedonista; sólo ha sido posible históricamente por el ideal inflacionista de la libertad individual. (pp 157-158)

... El humor, a diferencia de la ironía, se presenta como una actitud que expresa cierto tipo de simpatía, de complicidad, aunque sean fingidas, con la persona a quien se dirige; nos reímos con ella, no de ella. ¿Cómo no asociar ese elemento *afectivo* propio del humor, ese matiz subjetivo con la humanización general de las relaciones interpersonales correlativas a la entrada de las sociedades occidentales en el orden democrático-individualista? Se ha producido una suavización de lo cómico al igual que una suavización de los castigos... “Optimismo triste y pesimismo alegre” (R. Escarpit), el *sense of humor* consiste en subrayar el aspecto cómico de las cosas sobre todo en los momentos difíciles de la vida, en bromear, por penosos que sean los acontecimientos... (p 158)

...Hoy en día en que la tonalidad dominante de lo cómico se desplaza, el humor ‘digno’ no cesa de valorizarse: las películas de guerra americanas, por ejemplo, se han hecho especialistas en el arte de poner en escena héroes oscuros cuyo humor frío es proporcional a los peligros que corren: después del código caballeresco del honor, el código humorístico como ethos democrático. Es imposible comprender la extensión de ese tipo de comportamiento sin relacionarlo con la ideología democrática, con el principio de autonomía individual moderna que ha permitido la valoración de las afirmaciones excéntricas voluntarias, de las actitudes no conformistas, distanciadas pero sin ostentación ni desafío, conforme a una sociedad de iguales: ‘Un toque de humor basta para hermanar a los hombres’ (Ph. D. Thompson). El humor desempeña esa doble función democrática: permite al individuo liberarse, aunque sólo sea puntualmente, de la fuerza del destino, de las evidencias, de las convenciones, afirmar con ligereza su libertad de espíritu; simultáneamente impide al ego tomarse en serio, forjarse una imagen ‘superior’ o altiva, manifestarse sin dominio de sí, impulsiva o brutalmente. (pp 158-159)

... El humor pacifica las relaciones entre los seres, desmantela las fuentes de fricciones a la vez que mantiene la exigencia de la originalidad individual. En eso se basa el prestigio social del humor, código de adiestramiento igualitario que debemos concebir aquí como un instrumento de socialización paralelo a los mecanismos disciplinarios... (p 159)

El *sense of humor* con su dualidad de sátira y de sensibilidad fina, de extravagancia idiosincrásica y seriedad, correspondía a la primera revolución individualista, es decir al desarrollo de los valores de libertad, de igualdad, de tolerancia enmarcados por las normas disciplinarias del autocontrol; con la segunda revolución individualista aportada por el hedonismo de masa, el humor cambia de tonalidad, revistiéndose prioritariamente con los valores de cordialidad y de comunicación... (p 159)

... Si el código humorístico ha alcanzado tal importancia, hasta en el habla ordinaria, no se debe tan sólo al hedonismo del consumo sino también a la psicologización de las relaciones humanas que se ha desarrollado paralelamente. El humor *fun* y desenfadado triunfa cuando la relación con el otro y con uno mismo se psicologiza o se vacía de contenido colectivo, cuando el ideal es establecer ‘contacto’ humano, cuando ya nadie en el fondo cree en la importancia

de las cosas. No tomarse en serio: esa democratización del individuo no expresa sólo un imperativo ideológico igualitario, traduce la subida de los valores *psi* como son la espontaneidad y la comunicación, traduce un cambio antropológico, el advenimiento de una personalidad tolerante, sin gran ambición, sin una alta idea de sí misma, sin creencias sólidas. El humor que nivela las figuras del sentido en guiños lúdicos está hecho a imagen y semejanza de la fluctuación narcisista, que se manifiesta una vez más como un instrumento democrático. (p 160)

... Decirlo todo, pero no tomarse en serio, el humor personalizado es narcisista, es tanto una pantalla protectora como un medio cool para salir a escena. Encontramos aquí la dualidad posmoderna: el código privilegiado de la comunicación con el otro se establece en clave humorística mientras que la relación con uno mismo se basa en el trabajo y el esfuerzo (terapias, regímenes, etc.), Aunque también ha aparecido un híbrido nuevo: “La risa terapéutica”. Método suave, profundo para encontrar la energía vital. Por las técnicas de respiración y de despertar sensorial, abordamos nuestro cuerpo y nuestra mente en una nueva óptica hecha de abertura y disponibilidad. Esa ‘risa venida de las Indias’, introduce en nuestra vida un soplo antiguo y olvidado”. (p 161)

Consecuencia última de la edad del consumo, el proceso humorístico reviste la esfera del sentido social, los valores superiores se vuelven paródicos, incapaces de dejar ninguna huella emocional profunda. Bajo el empuje de los valores hedonistas y narcisistas las referencias eminentes se vacían de su substancia, los valores que estructuraban el mundo en la primera mitad del siglo XX (ahorro, castidad, conciencia profesional, sacrificio, esfuerzo, puntualidad, autoridad) ya no inspiran respeto, invitan más a la sonrisa que a la veneración: parecen fantasmas de vodevil, y sus nombres evocan a nuestro pesar algo vetusto o ridículo. Después de la fase de afirmación gloriosa y heroica de las democracias en que los signos ideológicos han rivalizado en énfasis (la nación, la igualdad, el socialismo, el arte por el arte) con los discursos jerárquicos destronados, entramos en la era democrática posmoderna que se identifica con la dessubstancialización humorística de los principales criterios sociales. (p 162)

Al personalizarse, la representación de lo político se ha vuelto sumamente humorística: cuanto más las grandes opciones dejan de oponerse drásticamente, más el político se caricaturiza en escenas de combate a dos o a cuatro; más aumenta la desmotivación política, más la escena política se parece a un striptease de buenas intenciones, de honestidad, de responsabilidad y se metamorfosea en mascarada bufa. El estadio supremo de la autonomía de lo político no es la despolitización radical de la masas, es su espectacularidad, su decadencia burlesca: cuando las oposiciones de los partidos se vuelven una farsa y cada vez son más percibidas como tal, la clase política puede funcionar como un sistema cerrado, brillar en representaciones televisadas, abandonarse a las delicias de las maniobras de estado mayor, a las tácticas burocráticas y, paradójicamente, seguir jugando el juego democrático de la representación, ante la apatía divertida del electorado. Instrumento de autonomización de los sistemas y aparatos, de lo político en este caso el proceso mismo humorístico ha entrado en su fase de autonomía: en nuestros días, la representación humorística invade los sectores más ‘serios’, se despliega según una necesidad incontrolada, *independientemente* de las intenciones y finalidades de los actores históricos. Se ha convertido en un destino. (pp 162-163)

... Cuando lo político ya no tiene altura y se personaliza, no es extraño que un artista de variedades llegue a acaparar un alto porcentaje de intenciones de voto destinadas inicialmente a los líderes políticos, esos cómicos de segunda clase: por lo menos nos reiremos ‘de verdad’. El efecto Coluche (candidato a la presidencia francesa en noviembre de 1980, un ‘bufón

candidato’) no procede ni de una nostalgia carnavalesca ni de una lógica de la transgresión (que supone un orden profundamente serio), debe verse como una parodia pura que invade los mecanismos democráticos, una parodia que exagera la parodia. (p 163)

... En su furor de innovación, el arte ha disuelto todas sus referencias clásicas, renunciando a la gracia y a la belleza, no cesa de destruir la representación, se boicotea en tanto que esfera sublime y entra de este modo en la era humorística, ese último estadio de secularización de las obras, en el que el arte pierde su estatuto trascendente y aparece como una actividad dedicada a la escalada del ‘cualquier cosa’, al borde de la impostura. En busca de materiales desclasados, de ‘acciones’, de formas y volúmenes elementales, de nuevos soportes, el arte se vuelve cómico a fuerza de simplicidad y de reflexión sobre su propia actividad, a fuerza de intentar escapar al Arte, a fuerza de novedades y ‘revoluciones’... (p 164)

Más directamente aún con el desmembramiento de los particularismos y la sobrepuja minoritaria de las redes y asociaciones (padres solteros, lesbianas toxicómanas, asociaciones de agorafobos..., de obesos, calvos, feos y feas, lo que Rozak llama la ‘red situacional’), el propio espacio de la reivindicación social toma una coloración humorística. Comicidad debida a la desmultiplicación, a la miniaturización interminable del derecho a las diferencias; a la manera de la broma de las cajitas que esconden otras cajitas cada vez más pequeñas, el derecho a la diferencia no cesa de desgastar los grupos, de afirmar microsolidaridades, de emancipar nuevas singularidades en las fronteras de lo infinitesimal. La representación humorística viene con el exceso plétórico de las ramificaciones y subdivisiones capilares de lo social... (p 164)

Sin duda no todas las divisiones son de este tipo: los conflictos centrados alrededor de la producción, de la distribución, del entorno, conservan sus caracteres indiscutiblemente serios. Ahora bien, a medida que se disipa la ideología revolucionaria, las acciones sociales, incluso enmarcadas por los aparatos burocráticos, explotan un lenguaje y unos eslogans más distendidos; aquí o allá, carteles, banderolas, pegatinas no dudan en adoptar un estilo humorístico, más o menos sarcástico, más o menos negro (los antinucleares, los ecologistas); manifestaciones de los movimientos ‘en ruptura’ quieren ser alegres, incluso con disfraces concluyendo en ‘fiesta’: ... Tomarse los problemas en serio y luchar, de acuerdo; pero sin perder el sentido del humor; la austeridad militante ya no se impone tan necesariamente como antes, el relajamiento de las costumbres hedonistas y psicologistas se inmiscuye hasta en el orden de las acciones sociales que no por ello excluyan confrontaciones a veces duras. (p 165)

... el hiperindividualismo de nuestro tiempo tiende a suscitar una aprehensión del prójimo con tonalidades cómicas. A fuerza de personalización, cada uno se convierte para sus semejantes en un animal curioso vagamente extraño y no obstante desprovisto de misterio inquietante: el otro como teatro absurdo. La coexistencia humorística, he aquí lo que nos impone un universo personalizado...; las creencias y sectas, las prácticas y modas más inimaginables encuentran adeptos en masa el otro ha entrado en la fase del ‘cualquier cosa’, del desalineamiento burlesco. Así, el modo de aprehensión del otro no es ni la igualdad ni la desigualdad, es la curiosidad divertida, de manera que cada uno de nosotros se ve condenado a parecer a corto o largo plazo extraño, excéntrico ante los otros. Última desacralización, la relación interhumana es aquí expurgada de su gravedad inmemorial paralelamente a la caída de los ídolos y grandes de este mundo; última expropiación, la imagen que ofrecemos a los demás está destinada a ser cómica. Desposesión que se corresponde con la instituida por el inconsciente y lo reprimido: ya sea en el orden subjetivo o intersubjetivo, el individuo sufre una expoliación de su representación. Con el inconsciente, el ego pierde el dominio y la verdad de sí mismo; con el

proceso humorístico el yo se degrada en títere ectoplástico. No debemos ignorar pues el precio y la encrucijada de la era hedonista, que ha desubstancializado tanto la representación como la propia unidad del individuo.... (pp 165-166)

... Con la era humorística que rebaja las distancias, lo social se vuelve definitivamente adecuado a sí mismo, ya nada exige veneración, el sentimiento de las alturas es pulverizado en la desventura generalizada, lo social recobra su completa autonomía conforme a la esencia del proyecto democrático... tenemos derecho a preguntarnos si no hemos entrado ya en las sociedades de alguna manera 'posigualitarias'. Efectivamente, la sociedad que estaba abocada gracias a la igualdad a armonizarse sin heterogeneidad ni desemejanza, está en vías de transformar al otro en extranjero, en un verdadero y estrambótico mutante; la sociedad basada en el principio del valor absoluto de cada persona es la misma en que los seres tienden a volverse zombis inconsistentes o cómicos; la sociedad en que se manifiesta el derecho de todos a ser reconocidos socialmente es también aquella en que los individuos cesan de reconocerse como absolutamente idénticos a fuerza de hipertrofia individualista... (pp 166-167)

.. A medida que las instituciones y valores sociales se entregan en su inmanencia humorística, el Yo se realza y se convierte en el gran objeto de culto de la posmodernidad. ¿De qué podemos ocuparnos seriamente hoy en día, como no sea de nuestro equilibrio físico y psíquico? Cuando los ritos, costumbres y tradiciones agonizan, cuando todo flota en un espacio paródico, aumentan la obsesión y las prácticas narcisistas, las únicas aún revestidas de una dignidad ceremonial... (tanto en lo *psi* como en el cuerpo)... (pp 169-170)

...: para sentir el propio cuerpo, conviene informarse de todas las innovaciones, adquirir y dominar las prótesis más sofisticadas, cambiar regularmente de material. Narciso se ha ataviado. De modo que al flexibilizar los marcos deportivos, al promover el deporte 'abierto', el proceso de personalización sólo ha relajado el deporte superficialmente; al generalizarse, éste no hace más que metamorfosearse en una liturgia cada vez más absorbente, en las antípodas del código humorístico. No se hacen ya bromas con el propio cuerpo ni con la salud. Al igual que el análisis, el deporte se ha convertido en un *trabajo*, una inversión permanente que debe gestionarse metódicamente, escrupulosamente, 'profesionalmente' de alguna manera. Única revancha del proceso humorístico, lo que ha podido movilizar y apasionar intensamente al individuo deportivo, lo que ha galvanizado todas sus energías, es abandonado cada seis meses o cada dos años. Surge una nueva pasión: después de la bicicleta, la tabla de surf, con la misma seriedad, el mismo culto definitivo. La moda y sus ciclos han alcanzado al propio narcisismo. (p 170)

Capítulo VI. Violencias salvajes, violencias modernas.

A lo largo de los milenios en que las sociedades han funcionado de un modo salvaje, la violencia de los hombres, lejos de explicarse a partir de consideraciones utilitarias, ideológicas o económicas, ha sido reglada esencialmente en función de dos códigos estrictamente corolarios, el honor, la venganza, de los que cuesta comprender el significado exacto, por haber sido eliminados de la lógica del mundo moderno. Honor, venganza, dos imperativos inmemoriales, inseparables de las sociedades primitivas, sociedades 'holistas' aunque igualitarias en las que los agentes individuales están subordinados al orden colectivo y en las que, simultáneamente, "las relaciones entre hombres son más importantes, más altamente valorizadas que las relaciones entre hombres y cosas" (L. Dumont). Cuando ni el individuo ni la esfera económica tienen una existencia autónoma y están sometidos a la lógica

del estatuto social, reina el código del honor, el primado absoluto del prestigio y de la estima social, como el código de la venganza que significa la subordinación del interés personal al interés del grupo, la imposibilidad de romper la cadena de alianzas y de generaciones, de los vivos y los muertos, la obligación de poner en juego la vida en nombre del interés superior del clan o linaje. El honor y la venganza expresan directamente la prioridad del conjunto colectivo sobre el agente individual. (pp 174-175)

Fue la acción conjugada del Estado moderno y del mercado lo que permitió la gran fractura que desde entonces nos separa para siempre de las sociedades tradicionales, la aparición de un tipo de sociedad en la que el hombre individual se toma por fin último y sólo existe para sí mismo.

Por la centralización afectiva y simbólica que ha operado, el Estado moderno, desde el absolutismo, ha jugado un papel determinante en la disolución, en la desvalorización de los lazos anteriores de dependencia personal y, de este modo, en el advenimiento del individuo autónomo, libre, liberado de los lazos feudales de hombre a hombre y progresivamente de todas las cargas tradicionales. Pero fue también la extensión de la economía de mercado, la generalización del sistema del valor de cambio, lo que permitió el nacimiento del individuo atomizado cuyo objetivo es una búsqueda cada vez más definida de su interés privado. A medida en que las tierras se compran y se venden, que los bienes raíces se convierten en una realidad social ampliamente extendida, que se desarrollan los intercambios mercantiles, el salariado, la industrialización y los desplazamientos de la población, se produce un cambio en las relaciones del hombre con la comunidad, una mutación que puede resumirse en una palabra, individualismo, que corre paralela con una aspiración sin precedentes por el dinero, la intimidad, el bienestar, la propiedad, la seguridad que indiscutiblemente invierte la organización social tradicional. Con el Estado centralizado y el mercado, aparece el individuo moderno, que se considera aisladamente, que se absorbe en la dimensión privada, que rechaza someterse a reglas ancestrales exteriores a su voluntad íntima, que sólo reconoce como ley fundamental su supervivencia e interés personal. (p 192)

Y es precisamente la inversión de la relación inmemorial del hombre con la comunidad lo que funcionará como el agente por excelencia de pacificación de los comportamientos. En cuanto la prioridad del conjunto social se diluye en provecho de los intereses y las voluntades de las partes individuales, los códigos sociales que ligaban al hombre a las solidaridades de grupo ya no pueden subsistir: cada vez más independiente en relación a las sujeciones colectivas, el individuo ya no reconoce como deber sagrado la venganza de sangre, que durante milenios ha permitido unir el hombre a su linaje. No sólo por la ley y el orden público consiguió el Estado eliminar el código de la venganza, sino que de una manera igualmente radical fue el proceso individualista el que, poco a poco, socavó la solidaridad vengativa....: allí donde la familia mantiene su antigua fuerza, la práctica de la vendetta sigue siendo mortífera a pesar de la importancia de los aparatos represivos del Estado. (pp 192-193)

Por el mismo proceso, el código del honor sufre una mutación crucial: cuando el ser individual se define cada vez más por su relación con las cosas, cuando la búsqueda de dinero, la pasión por el bienestar y la propiedad son más importantes que el estatuto y el prestigio social, el concepto del honor y la susceptibilidad agresiva se debilitan, la *vida* se convierte en valor supremo, se debilita la obligación de no perder la dignidad. Ya no es vergonzoso no contestar una ofensa o una injuria: una moral del honor, origen de duelos, de belicosidad permanente y sangrienta, ha sido substituida por una moral de la utilidad propia, de la prudencia donde el encuentro del hombre con el hombre se realiza esencialmente bajo el signo de la *indiferencia*. Si en la sociedad tradicional el otro aparece de entrada como amigo o

enemigo, en la sociedad moderna, se identifica generalmente por el extranjero anónimo que ni merece el riesgo de la violencia. “Posesión de uno mismo: evita los extremos; cuida de no tomar demasiado a pecho las ofensas, pues nunca son lo que parecían al principio”, escribía Benjamin Franklin: el código del honor ha dejado paso al código pacífico de la ‘respetabilidad’, por primera vez en la historia, se constituye una civilización en la que no está prescrito mantener desafíos, en la que el juicio del otro importa menos que mi interés estrictamente personal, en la que reconocimiento social se disocia de la fuerza, de la sangre y de la muerte, de la violencia y del desafío. Más generalmente el proceso individualista conlleva una reducción de la dimensión del desafío interpersonal: la lógica del reto, inseparable de la primacía holista y que durante milenios ha socializado a los individuos y a los grupos en un encaramiento antagonista, sucumbe poco a poco para convertirse en una relación antisocial. Provocar al otro, burlarse de él, aplastarlo simbólicamente, este tipo de relaciones está condenado a desaparecer cuando el código del honor deja paso al culto del interés individual y de la *privacy*. A medida que se eclipsa el código del honor, la vida y su conservación se afirman como ideales primeros mientras el riesgo de la muerte deja de ser un valor, pelearse ya no es glorioso, el individuo atomizado se pelea cada vez menos y no porque esté ‘autocontrolado’, más disciplinado que sus antepasados, sino porque la violencia ya no tienen un sentido social, ya no es el medio de afirmación y reconocimiento del individuo en un tiempo en que están sacralizadas la longevidad, el ahorro, el trabajo, la prudencia, la medida. El proceso de civilización no es el efecto mecánico del poder o de la economía, coincide con la emergencia de finalidades sociales inéditas, con la desagregación individualista del cuerpo social y el nuevo significado de la relación interhumana a base de indiferencia. (pp 193-194)

Con el orden individualista, los códigos de sangre se abandonan, la violencia pierde toda dignidad o legitimidad social, los hombres renuncian masivamente al uso de la fuerza privada para resolver sus desacuerdos. Así se aclara la función verdadera del proceso de civilización: tal como demostró Tocqueville, a medida que los hombres se retiran en su esfera privada y no se preocupan más que de sí mismos, reclaman al Estado para que les asegure una protección más vigilante, más constante de su existencia. Esencialmente el proceso de civilización aumenta las prerrogativas y el poder del Estado: el Estado policial no es sólo el efecto de una dinámica autónoma del ‘monstruo frío’, es deseado por los individuos aislados y pacíficos, aunque sea para denunciar regularmente su naturaleza represiva y sus excesos. Multiplicación de las leyes penales, aumentos de los efectivos y de los poderes de la policía, vigilancia sistemática de las poblaciones, son los efectos ineluctables de una sociedad en la que la violencia es desvalorizada y en la que simultáneamente aumenta la necesidad de seguridad pública. El estado moderno ha creado a un individuo apartado socialmente de sus semejantes, pero éste a su vez genera por su aislamiento, su ausencia de belicosidad, y su miedo de la violencia, las condiciones constantes del aumento de la fuerza pública. Cuanto más los individuos se sienten libres de sí mismos, mayor es la demanda de una protección regular, segura, por parte de los órganos estatales; cuanto más se rechaza la brutalidad, más se requiere el incremento de las fuerzas de seguridad: la humanización de las costumbres puede pues interpretarse como un proceso que busca desposeer al individuo de los principios refractarios a la hegemonía del poder total, y al proyecto de poner a la sociedad bajo la tutela del Estado. (pp 194-195)

... Si la violencia y la crueldad no disminuían entre iguales, eso significa que no es la igualdad, concebida como estructura moderna del apercibimiento del otro en tanto que ‘igual’, la que hace inteligible la pacificación de los individuos. La civilización de los comportamientos no llega con la igualdad, llega con la atomización social, con la emergencia de nuevos valores

que privilegian la relación con las cosas y el abandono concomitante de los códigos del honor y la venganza. No es el sentimiento de similitud entre los seres lo que explica el declive de las violencias privadas; la crueldad empieza a producir horror, las peleas se convierten en signos de salvajismo cuando el culto por la vida privada suplanta las prescripciones holistas, cuando el individuo se repliega en su criterio propio, cada vez más indiferente al juicio de los otros. En este sentido, la humanización de la sociedad no es más que una de las expresiones del proceso de desocialización característica de los tiempos modernos, con la promoción democrática de la *identificación* entre los seres, Tocqueville ha sabido llegar al núcleo del problema. En un pueblo democrático, cada cual siente espontáneamente la miseria del otro: “Tanto da que se trate de extranjeros o enemigos: la imaginación le sitúa a uno en su lugar. Mezcla algo personal con su compasión y le hace sufrir a uno mismo cuando se desgarran el cuerpo de su semejante”. Contrariamente a lo que pensaba Rousseau, la ‘compasión’ no está detrás de nosotros, está delante, es obra de lo que, según él la excluye, es decir la atomización individualista. El encerrarse en sí mismo, la privatización de la vida, lejos de suprimir la identificación con el otro, la estimula... Por el contrario, por la preeminencia concedida al todo social, la organización holista obstaculiza la identificación intersubjetiva. Mientras la relación interpersonal no consigue emanciparse de las representaciones colectivas, la identificación no se opera entre yo y otro sino entre yo y una imagen de grupo o modelo tradicional. Nada de eso ocurre en la sociedad individualista que tiene como consecuencia el hacer posible una identificación estrictamente psicológica es decir que implica personas o imágenes privadas, por el hecho de que ya nada dicta imperativamente desde siempre lo que debe hacerse, decirse, creerse. Paradójicamente, a fuerza de tomarse en consideración de forma aislada, de vivir por uno mismo, el individuo se abre a las desgracias del otro. Cuanto más se existe en tanto que persona privada, más se siente la aflicción o el dolor del otro; la sangre, las agresiones a la integridad del cuerpo se vuelven espectáculos insoportables, el dolor aparece como una aberración caótica y escandalosa, la *sensibilidad* se ha convertido en una característica permanente del *homo clausus*. El individualismo produce pues dos efectos inversos y sin embargo complementarios: la indiferencia al otro y la sensibilidad al dolor del otro: “En los siglos democráticos, los hombres se sacrifican raramente unos por otros, pero muestran una compasión general para todos los miembros de la especie humana” (Tocqueville). (pp 196-197)

... En nuestros días la violencia desaparece masivamente del paisaje urbano, se ha convertido al igual o más que la muerte, en la mayor prohibición de nuestras sociedades. Las propias clases populares han renunciado a la tradicional valorización de la fuerza y adoptado un estilo cool de comportamiento, ese es el verdadero sentido de ‘aburguesamiento’ de nuestra sociedad. Lo que ni la educación disciplinaria ni la autonomía personal consiguieron realizar verdaderamente, la lógica de la personalización lo consigue al estimular la comunicación y el consumo, al sacralizar el cuerpo, el equilibrio y la salud, al romper el culto al héroe, al desculpabilizar el miedo, en resumen, al instituir un nuevo estilo de vida, nuevos valores, llevando a su punto culminante la individualización de los seres, la retracción de la vida pública, el desinterés por el Otro. (p 199)

Cada vez más absortos en preocupaciones privadas, los individuos se pacifican no por ética sino por hiper-absorción individualista: en sociedades que impulsan el bienestar y la realización personal, los individuos están más deseosos de encontrarse consigo mismo, de auscultarse, de relajarse en viajes, música, deportes, espectáculos antes que enfrentarse físicamente. La repulsión profunda, general, de nuestros contemporáneos por las conductas violentas es función de esa diseminación hedonista e informacional del cuerpo social realizada por el reino del automóvil, de los *mass media*, del ocio... (p 199)

Paralelamente, la sociedad de consumo remata la neutralización de las relaciones interhumanas; la indiferencia al destino y a los juicios del otro toma desde ese momento toda su amplitud. El individuo renuncia a la violencia no sólo por la aparición de nuevos bienes y objetivos privados sino porque, en el mismo movimiento, el otro se encuentra desubstancializado, es un 'extra' sin papel, ya sea un miembro algo alejado del grupo familiar estricto, un vecino del rellano o un compañero del trabajo. Ese *discontent* de la relación interhumana incrementado por el hiper-investimiento individualista o narcisista es el origen del declive de los actos violentos. Indiferencia hacia el prójimo de un nuevo tipo, ya que simultáneamente las relaciones interindividuales no cesan de ser reestructuradas, finalizadas por los valores psicologistas y comunicacionales. Esa es la paradoja de la relación interpersonal en la sociedad narcisista cada vez menos interés y atención hacia el otro, y al mismo tiempo un mayor deseo de comunicar, de no ser agresivo, de comprender al otro. Deseo de convivencia *psi* e indiferencia a los otros se desarrollan a la vez, ¿cómo en esas condiciones no iba a disminuir la violencia? (p 200)

... En un tiempo narcisista, la violencia verbal se ha desubstancializado, no tiene ya ni siquiera un significado interindividual, se ha vuelto *hard*, es decir, sin objetivo ni sentido, violencia impulsiva y nerviosa, desocializada. (p 201)

El proceso de personalización es un operador de pacificación generalizado... Por la valoración sistemática del diálogo, de la participación, de la atención por la demanda subjetiva, que la seducción posmoderna engendra, lo que se rechaza del proceso educativo es el propio principio del castigo físico, mantenido y reforzado por la era de las disciplinas. El eclipse de los castigos corporales procede de esa promoción de modelos educativos a base de comunicación recíproca, de psicologización de las relaciones en un momento en que los padres cesan precisamente de reconocerse como modelos a imitar por sus niños. El proceso de personalización diluye las grandes figuras de autoridad, mina el principio del *ejemplo* demasiado tributario de una era distante y autoritaria que ahogaba las espontaneidades singulares, y disuelve por último las convicciones en materia de educación: la desubstancialización narcisista se manifiesta en el corazón de la familia nuclear como impotencia, desposesión y dimisión educativa. El castigo físico que, aún no hace mucho, tenía una función positiva de amaestramiento e inculcación de las normas ya no será más que un fracaso vergonzoso y culpabilizador de la comunicación entre padres e hijos, un último impulso incontrolado por recobrar la autoridad. (p 201)

La campaña de mujeres maltratadas físicamente se desarrolla y encuentra el eco que conocemos a medida que masivamente la violencia masculina remite en las costumbres, descalificada en un tiempo 'transexual' en que la virilidad deja de asociarse a la fuerza y la feminidad a la pasividad... (pp 201-202)

... Como sabemos, en todos los países desarrollados el sentimiento de inseguridad va en aumento;... De hecho, el sentimiento de inseguridad aumenta, alimentándose del menor suceso e independientemente de las campañas de intoxicación. La inseguridad actual no es una ideología, es el correlato ineluctable de un individuo desestabilizado y desarmado que amplifica todos los riesgos, obsesionado por sus problemas personales, exasperado por un sistema represivo considerado inactivo o 'demasiado' clemente, acostumbrado a la protección, traumatizado por una violencia de la que lo ignora todo: la inseguridad ciudadana resume de una forma angustiada la desubstancialización posmoderna. El narcisismo, inseparable de un miedo endémico, sólo se constituye suponiendo un exterior exageradamente amenazador, lo

que, a su vez, aumenta la gama de reflejos individualistas: actos de autodefensa, indiferencia al otro, encierro en la casa; mientras que un número importante de habitantes de las grandes metrópolis se protegen detrás de su puerta blindada y renuncian a salir de noche, tan sólo un 6 % de los parisinos intervendrían si oyeran llamadas de socorro durante la noche. (pp 204-205)

Curiosamente la representación de la violencia es tanto más exacerbada cuando disminuye de hecho en la sociedad civil. En el cine, en el teatro, en la literatura, asistimos en efecto a una sobrepuja de las escenas de violencia, a una debacle de horror y atrocidad, jamás el 'arte' se había consagrado de este modo a presentar la propia textura de la violencia, violencia *hi-fi* hecha de escenas insoportables de huesos triturados, chorros de sangre, gritos, decapitaciones, amputaciones, castraciones. De este modo la sociedad cool corre paralela con el estilo hard, con el espectáculo ficticio de una violencia hiperrealista... La forma hard no expresa una pulsión, no compensa una carencia, como tampoco describe la naturaleza intrínseca de la violencia posmoderna; cuando ya no hay un código moral para transgredir, queda la huida hacia adelante, la espiral extremista, el refinamiento del detalle por el detalle, el hiperrealismo de la violencia, sin otro objetivo que la estupefacción y las sensaciones instantáneas. (p 205)

...Lejos de ser una moda más o menos aleatoria, el efecto hard es correlativo con el orden cool, con la desestabilización y la dessubstancialización narcisista al igual que el efecto humorístico que representa su cara opuesta, pero lógicamente homóloga. A la paulatina disolución de referencias, al vacío del hiperindividualismo, responde una radicalidad sin contenido de los comportamientos y representaciones, una subida a los extremos en los signos y hábitos de lo cotidiano, en todas partes el mismo proceso extremista está en marcha, el tiempo de las significaciones, de los contenidos pesados vacila, vivimos el de los *efectos especiales* y el de la *performance* pura, del aumento y amplificación del vacío. (pp 205-206)

Si el proceso de personalización suaviza las costumbres de la mayoría, inversamente endurece las conductas criminales de los marginados, favorece el surgimiento de acciones energúmenas, estimula la radicalización de la violencia. El desenmarcamiento individualista y la desestabilización actual suscitada concretamente por el estímulo de las necesidades y su frustración crónica, originan una exacerbación cínica de la violencia ligada al provecho, a condición de precisar de inmediato los límites del fenómeno circunscrito a un número finalmente reducido de individuos que acumulan las agresiones... (p 206)

... La delincuencia juvenil no se ha desarrollado especialmente en volumen, se ha hecho más violenta. El proceso de personalización que generaliza el culto a la juventud pacífica a los adultos pero endurece a los más jóvenes, los cuales, conforme a la lógica hiperindividualista tienden a afirmar cada vez más pronto, cada vez más deprisa su autonomía, ya sea material o psicológica, aunque para ello deban utilizar la violencia. (p 207)

El mundo *hard* es joven y afecta sobre todo a los marginados culturales, inmigrados jóvenes procedentes de familias de inmigrados a las minorías raciales. El orden del consumo pulveriza mucho más radicalmente las estructuras y personalidades tradicionales que el orden racista colonial: ahora es menos la inferioridad lo que caracteriza el 'colonizado' que una desorganización sistemática de su identidad, una desorientación violenta de su ego suscitada por la estimulación de los modelos individualistas eufóricos que invitan a vivir intensamente. El proceso de personalización desmantela la personalidad; por un lado, el estallido narcisista y pacífico, por otro, el estallido violento y energúmeno. La sociedad hedonista produce contra su voluntad una componente explosiva, al estar imbricada en un universo de honor y de

venganza a la deriva. La violencia de los jóvenes marginados por su color o su cultura es un *patchwork*, resulta del choque entre el desenmarcamiento personalizado y el enmarcamiento tradicional, entre un sistema a base de deseos individualistas, de profusión, de tolerancia y una realidad cotidiana de ghettos, de paro, de indiferencia hostil o racista. La lógica cool prosigue por otros medios el trabajo plurisecular de la exclusión y la relegación; ya no por la explotación o la alienación por imposición autoritaria de normas occidentales, sino por criminalización. (pp 207-208)

... Prueba *a contrario* del proceso de civilización, la violencia es cada vez más un asunto de grupos periféricos, se convierte en una realidad de *minorías*. Vistas así las cosas, no debe verse en esa violencia de color ni un hábito arcaico ni una forma de rebelión; es el punto culminante de la desestabilización y de la desintegración posmoderna, el acercamiento a los extremos, desocializado y cínico, ligado a la licuación de los principios, enmarcamientos y autocontroles; es la manifestación *hard* del orden social. (pp 208-209)

... Consecuencia del abandono de las grandes finalidades sociales y de la preeminencia concedida al presente, el neonarcisismo es una personalidad flotante, sin estructura ni voluntad, siendo sus mayores características la labilidad y la emotividad. Así la violencia *hard*, desesperada, sin proyecto, sin consistencia, es la imagen de un tiempo sin futuro que valoriza el ‘todo y pronto ya’; lejos de ser antinómico con el orden cool y narcisista, es su expresión exasperada: la misma indiferencia, la misma dessubstancialización, lo que se gana en individualismo se pierde en ‘oficio’, en ambición, y también en sangre fría, en control de uno mismo:... (p 209)

... Habida cuenta de la amplitud sin precedentes de las tentativas de suicidio y a pesar del descenso del número de muertos-suicidas, la epidemia suicida no ha concluido ni mucho menos: la sociedad posmoderna al acentuar el individualismo, al modificar su carácter por la lógica narcisista, ha multiplicado las tendencias a la autodestrucción, aunque sólo fuera transformando su intensidad; la era narcisista es más suicidógena aún que la era autoritaria. Lejos de ser un accidente inaugural de las sociedades individualistas, el movimiento ascendente de los suicidios es su correlato a largo plazo. (p 212)

... De alguna manera el suicidio paga su tributo al orden cool: cada vez menos sangriento y doloroso, el suicidio, como las conductas interindividuales, se suaviza, aunque la violencia autodestructora no desaparece, son los medios para conseguirlo lo que pierde su brillantez. Si los intentos aumentan se debe también al hecho de que la población suicida es cada vez más joven: lo mismo ocurre con el suicidio que con la criminalidad, la violencia *hard* es joven. El proceso de personalización compone un tipo de personalidad cada vez más incapaz de afrontar la prueba de lo real: la fragilidad, la vulnerabilidad aumentan, principalmente entre la juventud, categoría social más privada de referencias y anclaje social. Los jóvenes, hasta entonces relativamente preservados de los efectos autodestructivos del individualismo por una educación y un enmarcamiento estables y autoritarios, sufren sin paliativos la dessubstancialización narcisista, son ellos quienes representan ahora la figura última del individuo desinteresado, desestabilizado por el exceso de protección o de abandono y, como tal, candidato privilegiado del suicidio. En América, los jóvenes de quince a veinticuatro años se suicidan a un ritmo doble del de hace diez años, triple del de hace veinte... (En Japón son los niños de cinco a catorce años los que se quitan la vida). (pp 212-213)

Con la absorción de los barbitúricos y el alto índice de tentativas fracasadas, el suicidio accede a la era de las masas, a un estatuto banalizado y *discount*, igual que la depresión y la fatiga.

Ahora el suicidio ha sido incorporado por un proceso de indeterminación en que el deseo de vivir y el deseo de morir ya no son antinómicos sino que fluctúan de un polo al otro, casi instantáneamente. De este modo, gran número de suicidas, absorben el fármaco y reclaman, en el minuto siguiente, ayuda médica; el suicidio pierde su radicalidad, se desrealiza en el momento en que las referencias individuales y sociales se difuminan, en que la propia realidad se vacía de su substancia sólida y se identifica con una figuración programada. Esa licuación del deseo de aniquilamiento es sólo una de las caras del neonarcisismo, de la desestructuración del Yo y de la desubstancialización de lo voluntario. Cuando el narcisismo es preponderante, el suicidio procede ante todo de una espontaneidad depresiva, del flip efímero más que de la desesperación existencial definitiva. De manera que en nuestros días, el suicidio puede producirse paradójicamente sin deseo de muerte, algo así como esos crímenes entre vecinos que matan menos por voluntad de muerte que para librarse de ruidos molestos. El individuo posmoderno intenta matarse sin querer morir, como esos atracadores que disparan por descontrol; uno mira de poner fin a sus días por una observación desagradable, como se mata para poder pagarse una butaca en el cine; ese es el efecto *hard*, una violencia sin proyecto, sin voluntad afirmada, una subida a los extremos en la instantaneidad: la violencia *hard* está soportada por la lógica cool del proceso de personalización. (p 213)

... Proceso de civilización y revolución son concomitantes. En las sociedades holísticas, la violencia de los hombres evitaba la definición de su estar-juntos; a pesar de sus caracteres sangrientos, trastornos y revoluciones tradicionales no apuntaban a destruir la arquitectura del todo social. Al contrario, en las sociedades individualistas, los fundamentos de la sociedad, el contenido intrínseco de la ley y el poder se convierten en objetos de debate público, blanco de la lucha de los individuos y clases. Comienza la era moderna de la violencia social, pieza constitutiva de la dinámica histórica, instrumento de transformación y de adaptación de la sociedad y del Estado. La violencia de las masas se convierte en un principio útil y necesario para el funcionamiento y crecimiento de las sociedades modernas, dado que la lucha de clases permitió al capitalismo superar sus crisis, reabsorber su desequilibrio crónico entre producción y consumo. (p 214)

Es imposible comprender el surgimiento del fenómeno revolucionario, como el de una lucha de clases permanente e institucionalizada, separándolas de su correlato, la sociedad individualista, tanto en su organización económica-social como en sus valores... Para que la revolución se convierta en una posibilidad histórica, los hombres deben ser atomizados, desinsertados de sus solidaridades tradicionales, la relación con las cosas debe primar sobre la relación entre los seres y por último debe predominar una ideología de individuo que le confiera un estatuto innato de libertad e igualdad. La revolución y la lucha de clases suponen el universo social e ideológico del individualismo; entonces no hay una organización en sí exterior a la voluntad de los hombres, el todo colectivo y su supremacía, que precedentemente impedían que la violencia rompiera su orden, pierden su principio de intangibilidad; ya nada, ni el Estado ni la sociedad escapan a la acción transformadora de los hombres. En cuanto el individuo ha dejado de ser un medio para un fin exterior, y ha pasado a ser considerado y a considerarse a sí mismo como fin último, las instituciones sociales pierden su aura sagrada, todo lo que procede de una transcendencia inviolable y se da en una heteronimia de naturaleza es, a largo o corto plazo, socavado por un orden social e ideológico cuyo centro ya no es el más allá sino el propio individuo autónomo. (pp 214-215)

... Al emanciparse de lo sagrado, la sociedad individualista sólo restituye a los hombres el pleno dominio de su estar-juntos sólo enfrentándoles en conflictos, a veces por interés, pero cuyo maniqueísmo se deriva más aún de los nuevos *valores* ligados a los derechos del

individuo. En este sentido la fase heroica del individualismo puede compararse con una movilización-politización de masa alrededor de valores, más que a un repliegue prudente sobre preocupaciones estrictamente privadas. Hipertrofia y antagonismo ideológicos son inseparables de la era individualista-democrática. Comparada con nuestros días, esa fase pertenece aún en cierto modo a las sociedades holistas, a la primacía del todo social como si el elemento de desorganización social que contenía el principio individualista hubiese sido contrarrestado por un tipo de enmarcamiento omnipresente e inflexible, paralelo al de las disciplinas, destinado a neutralizar la dinámica de las singularidades personales, a agrupar a los individuos alrededor de la cosa pública, aunque fuera mediante los enfrentamientos de clase y de valores. (pp 215-216)

Con la era individualista se abre la posibilidad de una era de violencia total de la sociedad contra el Estado, una de cuyas consecuencias será una violencia no menos ilimitada del Estado sobre la sociedad, o sea el Terror como un modo moderno de gobierno por una violencia ejercida en masa, no sólo contra la oposición sino contra los partidarios del régimen. Las mismas razones que permiten a la violencia civil trastornar el orden social y político hacen posible un desafío sin precedentes del poder hacia la sociedad ya que el Terror nace en la nueva configuración ideológica surgida de la supremacía del individuo: aunque las masacres, deportaciones, procesos, se realizan en nombre de la voluntad del pueblo o de la emancipación del proletariado, el Terror es posible sólo en función de una representación democrática, es decir individualista, del cuerpo social, aunque sea para denunciar su perversión y restablecer por la violencia la prioridad del todo colectivo. Así como la voluntad revolucionaria no puede explicarse por las contradicciones objetivas de clase, de la misma manera es inútil querer dar una explicación del Terror a partir únicamente de las necesidades circunstanciales: es por el hecho de que el Estado, conforme al ideal democrático, se proclama idéntico y homogéneo a la sociedad, por lo que puede desafiar cualquier legalidad, desplegar una represión sin límites, sistemática, indiferente a las nociones de inocencia y de culpabilidad. Si la revolución individualista-democrática tiene por correlato a la larga una reducción de los signos ostentosos del poder estatal y el advenimiento de un poder benévolo, suave, protector, no por ello impide el surgimiento de una forma particularmente sangrienta del poder que se puede interpretar como una última reviviscencia del carisma del soberano condenado por el orden moderno, una formación de compromiso entre los sistemas de la crueldad simbólica tradicional y la impersonalidad funcional del poder democrático. (p 216)

La gran fase del individualismo revolucionario expira ante nuestros ojos: después de haber sido un agente de guerra social, el individualismo contribuye desde ahora a eliminar la ideología de la lucha de clases. En los países occidentales desarrollados, la era revolucionaria ha concluido, la lucha de clases se ha institucionalizado, ya no es portadora de una discontinuidad histórica, los países revolucionarios son totalmente decadentes, en todas partes prima la negociación sobre los enfrentamientos violentos. La segunda 'revolución' individualista, introducida por el proceso de personalización, tiene por consecuencia un abandono masivo de la *res publica* y en particular de las ideologías políticas: después de la hipertrofia ideológica, la desventura hacia los sistemas de sentido. Con la emergencia del narcisismo, el orden ideológico y su maniqueísmo caen en la indiferencia, todo lo que contiene universalidad y oposiciones exclusivas no afecta a esa forma de individualidad ampliamente tolerante y móvil. El orden rígido, disciplinario, de la ideología se ha hecho incompatible con la desestabilización y la humanización cool. El proceso de pacificación ha alcanzado el todo colectivo, la civilización del conflicto social prolonga entretanto la de las relaciones interpersonales. (pp 216-217)

Incluso los últimos sobresaltos de la Revolución son testimonio de esa suavización del conflicto social.... (Mayo del 68) el movimiento no tiene ningún objetivo global, político o social. Revolución sin proyecto histórico...; no se trataba, por la vía de la expresión libre, de la comunicación, de la oposición, de 'cambiar la vida', de liberar al individuo de las mil alienaciones que le torturan cada día, desde el trabajo hasta el supermercado, desde la tele a la universidad. Liberación de la palabra, el mayo del 68 está movido por una ideología flexible, política y convivencial, patchwork de lucha de clases y de libido, de marxismo y de espontaneidad de crítica política y de utopía poética; un relajamiento, una desestandarización teórica y práctica habita el movimiento, isomorfo en este sentido al proceso cool de personalización. Mayo del 68 es ya una revolución personalizada, dirigida contra la autoridad represiva del Estado, contra las separaciones y sujeciones burocráticas incompatibles con el libre despliegue y crecimiento del individuo. El propio orden de la revolución se humaniza, teniendo en cuenta las aspiraciones subjetivas, la existencia y la vida: la revolución sangrienta es substituida por la revolución 'desmadrada', multidimensional, transición caliente entre la era de las revoluciones sociales y políticas en que el interés colectivo prima sobre los particulares, y la era narcisista, apática, desideologizada. (pp 217-218)

Liberada del maniqueísmo ideológico, la violencia de los días de mayo pudo entenderse como una manifestación lúdica exactamente al revés del terrorismo actual que, en su trasfondo, es aún tributario del modelo revolucionario estricto, organizado en torno a la guerra de clases, alrededor de los dispositivos vanguardistas e ideológicos, lo que explica su radical lejanía de las masas indiferentes y relajadas... Proceso extremista que apunta a sí mismo, el terrorismo es una pornografía de la violencia: la máquina ideológica se acelera sola, pierde anclajes, la desubstancialización alcanza la esfera del sentido histórico, desplegándose como violencia hard, demagogia maximalista y vacía, espectro lívido, cadáver ideológico liofilizado. (pp 218-219)

... Ahora, las violencias sociales tienen un elemento en común, y es que ya no entran en el esquema dialéctico de la lucha de clases articulada en torno a un proletariado organizado: en los años sesenta los estudiantes, y hoy jóvenes parados, squatters, negros o jamaicanos -la violencia se ha marginado-... Si la revolución libertaria de los años sesenta era aún 'utópica', portadora de valores, hoy día, las violencias que estallan en los ghettos se apartan de cualquier proyecto histórico, fieles al proceso narcisista.... La violencia de clase ha cedido paso a una violencia de jóvenes desclasados, que destruyen sus propios barrios; los guettos se encienden como si se tratara de acelerar el vacío posmoderno y rematar rabiosamente el desierto que construye por otros medios el proceso cool de personalización. Último desclasamiento, la violencia entra en el ciclo de reabsorción de los contenidos; conforme a la era narcisista, la violencia se desubstancializa en una culminación hiperrealista sin programa ni ilusión, violencia hard, desencantada. (pp 219-220)